


# EL MERCENARIO

VIC ADAMS

# EL MERCENARIO

**Edición revisada por el autor. Junio de 2012**

Título Original: *El Mercenario*

Colección: Espacio. El Mundo Futuro 330
ISBN: 000000000000000000
Generado con: QualityEbook v0.38
Generado por: ANSET, 18/06/2012

# CAPÍTULO I




A simple vista, la estrella era apenas otra cosa que uno más de los infinitos puntos luminosos que tachonaban el negro firmamento. Ciertamente que su luz, a causa de la mayor proximidad, dominaba a la de todas las otras; pero todavía estaba demasiado lejos para que el ojo desnudo distinguiera la forma sensiblemente esférica, propia de un colosal globo de gas suspendido en el espacio.

Tegar se apartó de la pantalla de observación desde la que había estado contemplando aquella luminaria amarillenta que constituía el objetivo de su largo viaje. Volvióse hacia el oficial que aguardaba respetuosamente a su lado, para ordenarle con voz altanera:

—¡Que venga… el *bemioriano*!

El delgado oficial, cuya aplastada cabeza, ojos separados carentes de párpados, y oídos sin proyección alguna al exterior, le conferían un aspecto reptilesco, acentuado por el verdoso tono de una piel, cuyos muchos pliegues causaban la impresión de que le venía holgada a su esmirriado cuerpo, asintió apresuradamente. Pese al patente desprecio que rezumaban las palabras de su superior, desprecio hecho extensivo al objeto de la orden, no se sintió en lo mas mínimo ofendido: eran siglos de superioridad de los *kentriks* sobre su propia raza, que habían dejado su profunda huella hasta convertir aquella relación de amos a siervos en algo tan natural y estable, que la sola idea de un cambio hubiera llenado de santo horror a unos y otros.

Cosa distinta ocurría con el *bemioriano* que se presentó algunos minutos después. Tegar hubiera estallado de rabia si le hubiese visto acercarse a la estancia con mesurado paso, que indicaba cualquier cosa menos prisa. Y su altivo aspecto no se alteró en lo más mínimo al encontrarse ante un ejemplar de los dueños del Universo: verdaderamente, no tenía mucho que envidiarles… salvo el poderío. Los *kentriks* eran inteligentes: él lo era tanto como ellos. Y en cuanto a la constitución física, apenas cabía comparación entre la esbeltez y agilidad que se adivinaban bajo su ceñido traje, combinadas con una fuerza que, empleada astutamente, sería poco menos que irresistible, y el pesado y torpe corpachón del *kentrik*.

En términos terrestres equivaldría a equiparar una hermosa pantera con un zafio sapo… aunque este último doblaba casi en tamaño a aquélla.

Incluso el repulsivo *lubial* que había ido en su busca resultaba casi simpático al lado de Tegar.

Akhelon, erguido, consciente de su propio valer, aguardó unos instantes, con el cuerpo tenso en la actitud que le imponían las regulaciones. Cuando, por fin, el *kentrik* pareció haberse dado cuenta de su presencia, habló con voz en la que la humildad era apenas discernible:

—¿Me llamabas, Gran Señor?

Tegar le miró desaprobadoramente desde la rizada cabellera que —caso rarísimo en la Galaxia— coronaba su bien conformada cabeza, hasta los pies, más bien pequeños en su concepto. Le

desagradaban aquellos seres en los que la ascendencia reptiliana se perdía en la noche de los tiempos. Si de él hubiera dependido, hacía años que habría dispuesto su total aniquilación. Por fortuna, su escaso número los descartaba como peligrosos y, en determinadas ocasiones, podían ser útiles. La presente era una de ellas.

—Tu nombre es Akhelon— afirmó, más que interrogó—. Parece que, entre los servicios secretos, tienes cierta fama de inteligente y sagaz.

Se detuvo, como para observar el efecto que en el otro producía aquella semialabanza. Akhelon se limitó a inclinar casi imperceptiblemente la cabeza.

—Gracias, señor.

—No pienses, ni por un momento, que se te ha confiado esta misión sólo por esas cualidades. Estoy absolutamente seguro de que hay agentes infinitamente mejores que tú en todos los aspectos —recalcó el *kentrik* con ligera irritación, no exenta de celos raciales, como si temiera que el otro fuese a adquirir una infundada noción de superioridad—. Simplemente, se da la desgraciada casualidad de que tu constitución física es la única adecuada para llevarla a cabo.

—Me siento muy honrado de poder ser útil al Imperio.

Era la expresión más apropiada a las circunstancias. Sin embargo, Tegar achicó sus ojillos, clavándolos literalmente en el rostro del *bemioriano*; temía haber captado un levísimo tono irónico en su forma de articularla.

Sin embargo, la impenetrable expresión del rostro de Akhelon obligaba a abandonar aquella desconfianza. Levemente tranquilizado, e1 *kentrik* inquirió:

—¿Sabes de qué se trata?

—No tengo la más leve idea, señor —negó su subordinado.

Tegar hizo una imperativa seña al canijo oficial, indicando la puerta.

—Déjanos solos, *lubial*.

El hombre—lagarto obedeció con su acostumbrada rapidez. Entonces, Tegar se quedó mirando al rígido ser que, pese a la respetuosa actitud que mantenía ante él, se las arreglaba para no aparecer humilde.

—Nos encontramos en las proximidades de una estrella que hasta hace poco tiempo era desconocida para el Imperio.

Desconocida, desde luego, en el sentido de que nadie se había molestado en explorar sus alrededores —comenzó—. Hasta que, por pura casualidad, una patrulla de *lubiaIes* se encontró lo bastante cerca para enterarse de que en ella habían seres inteligentes.

Akhelon aguardó que continuara la explicación. El mero hecho que acababa de exponerle su superior no tenía nada de asombroso: era cosa que ocurría, prácticamente, a diario.

—Al contrario que otras civilizaciones que hemos encontrado hasta ahora, ésta progresa con enorme rapidez. Comprobando datos, descubrimos que hace un miliperíodo no había en el tercer planeta, que es el que despertó la alarma, ni el menor rastro de una organización de seres cuyas actividades denotaran, a la vez, inteligencia y progreso. Ahora, en cambio, utilizan la energía atómica y están dando los primeros pasos en la navegación espacial.

Otra vez pareció aguardar un comentario del *bemioriano*. Éste se limitó a una escucha atenta y no pronunció palabra.

Levemente irritado ante aquel silencio, Tegar continuó:

—Unos seres de actividad mental tan fecunda; que se han multiplicado, física y culturalmente, de modo tan asombroso, representan forzosamente, un peligro si entablan contacto prematuro con el Imperio. Querrán medirse en pie de igualdad con Kentral… —se detuvo un instante, pues había estado a punto de decir algo que no era conveniente llegara a oídos de quien no fuera un *kentrik*—. Tu misión consiste en detener ese progreso hacia el espacio, descorazonarles desde dentro. Y has sido elegido tú precisamente, porque tu aspecto físico es idéntico al de ellos: nadie encontraría la menor diferencia.

Enterado de las líneas generales del proyecto y de lo que se esperaba de él, Akhelon se creyó obligado a iniciar su serie de preguntas para aclarar algunos conceptos:

—¿He de trabajar completamente solo, señor?

—Sí. No contamos con más agentes que reúnan tus condiciones. La suerte del Imperio va a quedar, en cierto modo, en tus manos.

—¿En qué forma se ha pensado que puedo desempeñar mejor la misión?

—Aunque no eres propiamente un especialista, tu entrenamiento te ha dado unos conocimientos básicos en electricidad y electrónica. Muy pocos, desde luego; sin embargo, dado el extraordinario atraso

que todavía sufren los seres de ese planeta, allí puedes desempeñar un cargo de técnico de primera magnitud. Debes deslumbrarles, convertirte en un genio y alcanzar un puesto de principal importancia. Luego, desviarás las investigaciones por senderos escabrosos y que no lleven a ninguna parte.

—Con eso puedo retrasar, pero no detener, el progreso —objetó Akhelon.

—Ahí debe radicar, precisamente, tu esfuerzo: en detenerles. Convirtiéndote en el infalible científico que siempre tiene respuesta apropiada para cualquier problema, llegarán a confiar por completo en ti. Tu palabra será suficiente para convencerles de que es o no adecuado lo que proyecten: nadie se molestará en comprobar lo que tú afirmes o niegues.

—Está bien, señor —asintió el *bemioriano*. Sin embargo, para la penetrante mirada de Tegar estuvo clarísimo el encogimiento mental de hombros, como si hubiera realizado un movimiento físico.

—Tienes tus dudas —le amonestó—. ¿Acaso no confías en tus fuerzas para llevar a cabo la tarea?

—Haré lo que se me ordene. Sin embargo, estimo que un hombre solo no puede prevalecer contra millones. Acabarán por echarme a un lado en cuanto me anote unos cuantos fracasos… y no podré seguir.

—¡Un agente del Imperio no puede ser detenido por un puñado de salvajes!

En esto tenía sus dudas el interesado. Calló, no obstante, pues no ignoraba sus dos alternativas: hacer lo que se le ordenaba o morir. Para los miembros de los Servicios Secretos no había nada imposible.

—¿Qué entrenamiento he de seguir? —preguntó, variando de tema.

—Ninguno. Es demasiado lo que ignorarnos para que se pueda correr el riesgo de sufrir un error. Sufrirás un bloqueo neurónico para olvidar completamente el pasado durante un período adecuado. Tu mente quedará en blanco y no recordarás cosa alguna… ni siquiera tu idioma nativo. Luego, poco a poco, irás recobrando la memoria: pero en forma que parezca que ocurre a causa de las enseñanzas que te proporcionen; siendo tus

conocimientos técnicos los primeros que queden liberados, creerán encontrar en ti el genio de que antes te hablé. Luego… tú mismo decidirás, según las circunstancias, la línea de conducta a seguir.

Tegar estaba cansado de soportar la presencia de aquel ser inferior. Viendo que no formulaba pregunta alguna, dedujo que se consideraba satisfecho con las esquemáticas instrucciones… En realidad, le hubiera puesto en un apuro de seguir exigiendo más, ya que no era su costumbre, ni la de ningún compañero de raza, exprimirse el cerebro; los trabajos, manuales o mentales, quedaban para los subordinados.

—Puedes marcharte ya. Serás advertido cuando llegue el momento de partir. En tu nave individual podrás estudiar las instrucciones para la llegada.

Recluido en el diminuto camarote que le correspondía como privilegiado pasajero, Akhelon esperó la señal. Y como en infinitas ocasiones cuando se había encontrado solo, volvió a surgir en su cerebro la pregunta.

Seguía dándole vueltas sin resultado, cuando una diminuta luz verde se encendió sobre la puerta. Olvidando todo cuanto no fuera la misión que iba a cumplir, salió; nadie le esperaba, lo cual no fue ninguna sorpresa para él.

Un minuto más tarde, estaba alojado en una especie de tubo, apenas suficiente para contenerle. Sabía que, en estos momentos, la enorme nave corría a velocidad planetaria en línea recta hacia el planeta donde debía descender él. Una sacudida le indicó el instante exacto en que la especie de proyectil que iba a ser su vehículo era despedido al espacio. Ahora la nave desviaría su rumbo para regresar a las profundidades galácticas.

Estaba completamente solo.

Durante varias horas prosiguió el viaje, estudiando las instrucciones para el descenso. Una pantalla visora le mostraba dos semicírculos luminosos que eran otros tantos cuerpos celestes a proa: el mayor era su meta…

A su debido tiempo quedó situado en órbita mientras estudiaba la superficie sensiblemente curva, que quedaba a cien mil kilómetros más abajo. Identificó el lugar de aterrizaje, donde ahora reinaba el crepúsculo vespertino, y puso en acción los diminutos motores que le permitirían controlar el aparato durante algunas

horas.

Era noche cerrada cuando tocó tierra valiéndose únicamente de los repulsores gravitatorios. Hacía más bien frío en la desértica extensión de terreno donde había descendido, pero no vaciló un segundo en desnudarse por completo: tales eran sus instrucciones; seguidamente extrajo un frasquito en cuyo interior habían tres comprimidos.

Esta vez sí lo pensó un poco: le disgustaba desprenderse totalmente de su personalidad por un tiempo indefinido, lo cual le parecía un poco como suicidarse. No obstante acabó por ingerir los pequeños objetos, preguntándose que ocurriría en el intervalo que transcurriera hasta que volviera a ser él mismo por completo.

Ahora le quedaban un par de horas de consciencia hasta que la droga produjera su efecto. En este tiempo debía hacer desaparecer todo rastro de su medio de locomoción y preparar la escena de su entrada en un mundo del que lo ignoraba prácticamente todo.

Lo primero era sencillo: pulsar un mando, cerrar la pequeña compuerta de salida, y la diminuta astronave, impulsada por sus repulsores gravitatorios, se elevó rápidamente hasta desaparecer. No había temor alguno en cuanto a su suerte. En pocos momentos empezaría a disolverse en el espacio, como un azucarillo en un vaso de agua, hasta no quedar rastro alguno de ella.

Seguidamente, estremeciéndose un poco de frío, echó a andar hacia una autopista próxima: las luces que pasaban a intervalos irregulares por ella le decían que era bastante concurrida; no dejaría de encontrarle alguien cuando perdiese el sentido.

# CAPÍTULO II

—Temo que, si continúas a esta velocidad, no llegaremos dentro de una hora a Álamogordo, Jeff. En todo caso, al infierno…

Jeff Dayton sonrió ante la observación de su amigo y dio un fugaz vistazo al velocímetro. Desde luego que llevaban buena marcha. Alzó levemente el pie del acelerador, y el *Chevrolet* obedeció la orden como una criatura animada.

—No sé qué te preocupa, chico. Llevamos dos médicos a bordo.

—¡Oh, sí, ya lo creo que me preocupa! Imagina que sean ellos los heridos…

Uno de los *matasanos* era el propio Elmer Fall que se lamentara de la excesiva velocidad; el otro, la muchacha que se sentaba a su lado en el asiento posterior del *Chevvy*.

Jeff miró de reojo a la chica que le acompañaba. Steve Barkley se limitaba a sonreír ensoñadoramente y disfrutar del fresco aire del desierto.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En que es una pena que ya terminen nuestras breves vacaciones —repuso—. Ha sido algo maravilloso para ver de una vez: Las Vegas, el Gran Cañón… Sólo nos ha faltado una pequeña excursión a Méjico.

—Sí —corroboró Betsy Morton—. Y visitar las cavernas de Carlsbad, Tombstone, Montezuma, el Árbol de Josué…

—¡Alto, alto, muchachas! —le interrumpió Fall—. Si queremos ver todo, será preciso que nos concedan un permiso de, al menos, dos meses. Con una semana, apenas hay tiempo más que para el viaje de ida y vuelta.

Callaran todos. Efectivamente, había sido una maravillosa excursión para tan breve tiempo como disponían. Ahora, el regreso al trabajo, la monotonía… Únicamente Jeff no iba a aburrirse: su tarea era la más excitante del grupo.

—Me consuelo pensando que no estamos tan lejos de todo esto —concluyó Steve—. Probablemente, se presentarán otras ocasiones.

—En el supuesto de que nos den permiso a los cuatro a la vez, cosa que no es tan sencilla. ¿O piensas divertirte tú sola?

—Yo no… ¡Cuidado, Jeff!

Había estado mirando al frente, y fue la única en ver el cuerpo humano tendido junto a la carretera. Dayton dio un rápido giro al volante, que casi les hizo volcar, y aplicó enérgicamente el pie al freno.

—¡Es un hombre! ¡Vamos a ver qué le ocurre!

Akhelon respiraba, aunque débilmente; éste era uno de los efectos secundarios de la droga. Elmer y Betsy, sin preocuparse demasiado de la absoluta carencia de ropas, le hicieron un reconocimiento rápido pero completo.

—No parece tener lesión alguna, ni interna ni externa —comentó el primero—. ¿Quieres traer una manta del portaequipajes, Jeff? Está medio helado.

—¿Lo habrá atropellado algún otro coche? —aventuró Steve—. Pero eso no explicaría su carencia de ropas…

Elmer movió negativamente la cabeza.

—La única explicación que se me ocurre es que esté drogado, aunque no tiene los síntomas propios de los estupefacientes. Todo en él es normal a primera vista, salvo el lento ritmo respiratorio y cardíaco, y, naturalmente, que está sin sentido. ¡Ayúdame, Jeff! Vamos a llevarlo con nosotros.

Lo envolvieron en la manta, depositándolo en el asiento posterior del automóvil. Los dos médicos tuvieron que apretujarse para caber en el mismo sitio, e instantes después reanudaban la marcha.

—No vale la pena detenernos en Álamogordo —dijo Elmer mientras Jeff aceleraba hasta el máximo, ahora sin ganarse las protestas de sus compañeros—. Sigue hasta la base y lo internaremos en el hospital.

—Pero…

No prosiguió la objeción, limitándose a clavar los ojos en la carretera.

—Me interesa observar bien a este hombre. Es un caso raro lo que le pasa.

Si Akhelon hubiera sabido la personalidad de los que le encontraron, y tenido sus facultades mentales en perfecto uso, habría experimentado una gran alegría: la casualidad le había hecho caer, precisamente, en medio de un grupo íntimamente relacionado con su tarea. Jeff Dayton, piloto de un transbordador

de los que abastecían la enorme estación—satélite instalada bajo los auspicies de las Naciones Unidas; los otros tres, miembros del mismo equipo, cada cual en su especialidad: Steve, matemático; Elmer y Betsy, médicos.

Los centinelas de la entrada a los terrenos del espaciopuerto no opusieron dificultad alguna al grupo, pese a ir acompañados por un desconocido. Una explicación apresurada de Elmer Fall fue suficiente.

Instantes después, Jeff Dayton y Stephania Barkley se miraban en silencio frente a la puerta de la habitación donde Elmer y Betsy se habían encerrado con el hombre que encontraran en la carretera.

—Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo —Jeff frunció el ceño—. ¿Qué diablos hacia ese individuo en pleno desierto, y desnudo como su madre lo trajo al mundo?

—Ni idea, chico —la muchacha se encogió de hombros, echando a continuación un vistazo al reloj que colgaba de una de las paredes —. Son las tres de la madrugada. Esa pareja se pasará, con seguridad, el resto de la noche buscando el procedimiento para hacerlo volver del limbo. ¿Piensas estar aquí esperándolos hasta que se les ocurra darse por satisfechos… o lo hayan acabado de matar?

—En absoluto, nena —Jeff sonrió—. Me interesa esa cuestión, pero no hasta el punto de privarme de dormir. Vamos.

La acompañó hasta el pabellón donde Steve tenía su alojamiento, y luego marchó en busca de su cama en otro de los edificios de la base.

Como había dicho, el enigma del hombre desnudo no le impidió conciliar inmediatamente el sueño. Aquello hubiera equivalido a tanto como darle por inservible para la tarea que realizaba, uno de cuyos principales requisitos consistía en unos nervios a prueba de emociones.

Despertó temprano, según era su costumbre que ni el agotamiento más absoluto lograba cambiar; y su primera tarea, una vez se hubo afeitado y bañado cuidadosamente, fue realizar una visita al hospital de la base.

Como sospechara, Elmer Fall y Betsy Morton continuaban afanados con el incógnito personaje, según le comunicó uno de los enfermeros del turno de noche, que se estaba preparando para irse a descansar.

—Me han dado más trabajo que si se tratara de remendar a un hombre con el cuerpo hecho pedacitos —le informó—. ¿Quién es ese tipo, señor Dayton?

—Estamos los dos igual de enterados —repuso Jeff—. ¿No piensan detenerse a desayunar siquiera?

—Lo ignoro. ¿Desea que les avise que está usted aquí?

—Hágalo. Quizá eso les saque de esa especie de éxtasis en que están sumergidos.

Pero, en lugar de salir, la pareja de médicos lo que hicieron fue pedirle, por medio del enfermero, que entrase donde estaban ellos.

Jeff atendió la invitación. Elmer y Betsy estaban en una estancia de no muy grandes dimensiones, discutiendo algo. En medio de los dos, una cama aparecía ocupada por el misterioso hombre del desierto.

El recién llegado apenas pudo entender una palabra de lo que decían los médicos. Para él, la jerga profesional que hablaban era tan extraña como el *swahili*.

—Bueno —prorrumpió al cabo de unos instantes, en que los otros parecían no haberse enterado siquiera de su presencia—. ¿Se puede saber si tenéis la intención de pasaros aquí dentro hasta el día del juicio final? ¿Se morirá acaso ese fulano, si os concedéis media hora para desayunar conmigo y explicarme lo que pasa?

—¡Ah, hola, Jeff! —Elmer se pasó la mano por el ondulado cabello, en movimiento instintivo—. Lo siento, chico; pero no va a poder ser. Este asunto me lleva de coronilla y no pienso abandonarlo hasta sacar algo en claro.

—¿Y crees que eso es motivo suficiente para agotar a Betsy? —se indignó el piloto—. ¡Mírala! ¡Tiene unas ojeras como ruedas de coche!

—Ya le he dicho que se fuera, pero no quiere. ¿Qué voy a hacer yo? —se disculpó Fall.

—Hemos pedido que nos traigan el desayuno aquí, Jeff —le comunicó la muchacha—. Puedes acompañarnos, si lo deseas.

El piloto se encogió de hombros. No tenía ninguna ocupación urgente por el momento.

—Bien, me quedaré —se dejó caer en una silla—. ¿Qué habéis sacado en claro?

—En pocas palabras —le informó Elmer—, este hombre parece

sufrir una especie de shock… aunque no hay forma de explicarse las causas. Ningún procedimiento normal de reanimación le produce efecto.

—Pero ¡supongo que irá mejorando… o empeorando! Algo, en fin, que suponga un cambio.

—Nada en absoluto. El único signo de que algo está evolucionando en su interior consiste en que su respiración y ritmo cardíaco se normalizan, aunque tan lentamente que apenas se nota la diferencia en una hora.

—¿Y le habéis hecho un análisis de sangre? A lo mejor está, simplemente, borracho como una cuba —aventuró el piloto, con la ingenuidad del profano.

—Hemos analizado todo lo analizable en él: su salud es perfecta… ¡Pero está sin sentido! —concluyó el médico, irritado.

—Ya no, Elmer —dijo Betsy, excitadamente—. Acaba de abrir los ojos.

Efectivamente, la muchacha tenía razón. Aquel individuo les miraba con fijeza; sus ojos estaban llenos de vida e inteligencia… pero era lo único que se movía en su cuerpo.

—Sigue paralizado —opinó Elmer, luego de tomarle el pulso. Este latía con más fuerza que la última vez—. Esperemos que recobre el movimiento poco a poco.

Pero tuvieron tiempo de desayunar antes de que un sonido escapado de la boca del hombre volviera a llamar su atención hacia él.

Elmer se inclinó ansiosamente sobre la cama.

—¡Eh, amigo! ¿No puede hacer un esfuerzo y decirnos quién es usted? Así iríamos avisando a su familia.

—…mil… ia… —les llegó como un suspiro.

—¡Vaya por Dios! Al menos habla, aunque con dificultad. Esperaremos un poco más…

Jeff empezó a cansarse del juego. Aquello amenazaba con ser para largo.

—¿Y si le dejarais en paz un rato? A lo mejor lo estáis mareando.

Se marchó, luego de insistir inútilmente para que los otros le acompañaran. Aquel día terminaba su permiso y tenía que presentarse ante el jefe de la base. Lo hizo, y le comunicaron que

tenía servicio al día siguiente.

—¿Qué hubierais hecho si llego a despeñarme con el coche? —preguntó sarcásticamente al que le daba la noticia.

—No creerás que íbamos a dejar sin abastecimiento a los de ahí arriba, ¿verdad? —replicó el otro—. Subirías, aunque fuera vendado como una momia egipcia.

Normalmente, Jeff rellenaba bastante bien sus horas libres: la biblioteca, la piscina, el campo de deportes, el cortejar a las chicas… Era incapaz de aburrirse.

Sin embargo, ahora no encontraba aliciente a nada de aquello que solía resultarle agradable. Tomó un par de copas en el bar y luego salió a dar un paseo. Nada. Se aburría.

Al principio lo achacó a la falta de adaptación luego de los días de vacaciones. Pero cuando hubo prácticamente desmontado el motor del coche y se sorprendió detenido dos veces en sus paseos ante la puerta del hospital, acabó por reconocer que le preocupaba el misterioso hombre que encontraron en la carretera tanto como a sus amigos, los médicos.

Indignado consigo mismo, fue en busca de Steve Barkley: estaba trabajando le informaron.

—¿Todavía? —sorprendido, consultó el reloj. No eran las doce aún.

Aquella mañana estaba resultándole más larga que la que precedió a su primera salida al espacio.

Y esto no le convenía, ni mucho menos. Decidido a olvidar a aquel individuo por cualquier medio, se encerró en un rincón de la biblioteca y concentró toda su atención en determinado problema técnico que hubiera podido resolver cualquier otro.

Logró salirse con la suya; y, cuando, una hora después, apareció por la cantina, esperaba encontrar a alguien que le distrajera con su conversación.

Al lado de un ventanal, desde el que se disfrutaba una amplia panorámica del trozo de desierto ocupado por la base y sus instalaciones, pudo ver el aburrido rostro de Gus Aitken.

Se dejó caer en una silla frente a él. Gus era un agente del FBI cuya meteórica carrera había sido truncada por un estúpido accidente de automóvil, de resultas del cual conservaba un brazo izquierdo semi inútil. Le dieron el puesto de jefe de los servicios de

seguridad del astropuerto, y desde el primer día habían sido grandes amigos él y Jeff Dayton.

—¿Mucho trabajo? —preguntó éste.

—¡Hola, Jeff! ¿Qué tal esas vacaciones?

—¡Estupendas! Pero dejan un mal sabor de boca…

—¿Y eso? —se extrañó Aitken.

—A poco… —sonrió Jeff—. ¿Qué novedades hay por aquí? ¿Has atrapado muchos espías?

—¿Espías, dices? —hizo un mohín de disgusto—. Cada vez que me da por pensar en ello quedo más convencido de que han creado adrede un puesto para mí, porque les daba lástima echarme a la calle. ¿Qué diablos de medidas de seguridad se necesitan en un lugar como éste? ¿Puedes decírmelo?

—¡Hombre, no sé…! Quizá piensan que los rusos…

—¡Ni rusos ni narices! A estas alturas les sería de tanta utilidad husmear en nuestros secretos como a nosotros en los suyos; o sea, cero. Ninguno tiene nada que enseñar a los otros en cuanto a navegación espacial. Además, si esto es una operación conjunta, ¡diablos! El intercambio de información se realiza por medio de los técnicos de uno y otro lado, porque es imprescindible hacerlo así. Resultaría idiota que alguien se callara cualquier cosa, porque perjudicaría con ello los trabajos de todos por igual.

—¡A mí, que me registren, chico! —protestó Jeff, riendo—. Sólo ha sido una suposición. Quizá lo que pretenden es que impidas el contrabando con los marcianos… cuando lleguemos allí… y si los hay.

—¡Ahora lo has dicho! Un cargo simplemente decorativo es lo que me han endosado.

Su disgusto era patente. Jeff sintió un poco de lástima por él, ya que opinaba que lo peor que puede ocurrirle a un hombre es llegar al convencimiento de que no sirve para nada… y que los demás lo saben.

—¡Bah! —dijo, rechazando aquella afirmación con un gesto de las manos—. ¡No seas pesimista, hombre! Cuando te han puesto aquí, será por algo. El gobierno no tiene alma y no puede sentir lástima de nadie… ¡Hola, Steve! ¡Acércate! Hoy no mordemos.

Con profunda sensación de alivio había visto entrar a la muchacha en el local. Empezaba a resultarle penosa la conversación

con el pesimista Gus, y pensó que tal vez Steve Barkley aportara a ella la gota de optimismo de que tan necesitado estaba su amigo.

—¡Uf! —hizo la muchacha, dejándose caer en un asiento—. Tengo la cabeza completamente llena de niebla. Parece como si nadie hubiera sido capaz de hacer mi trabajo en estos días que he estado fuera y estuviesen guardándolo todo para mi regreso. Pídeme un café bien cargado, Jeff, por favor —concluyó.

—¿Has visto a Elmer y Betsy? —preguntó Dayton, haciendo una seña al camarero.

—Si. Vengo ahora del hospital. Se habrán bebido dos litros de café cada uno. He podido convencerles para que vengan a almorzar aquí y despejarse un poco… ¡café, Joe! —se interrumpió para dar la orden al camarero—. Creí que se habrían adelantado, porque he tenido que hacer unas… ¡Ahí están!

La pareja de *matasanos* acababa de hacer su aparición en la puerta. Tambaleándose literalmente, se acercaron a la mesa y, al tener sendas sillas a su alcance, parecieron perder todas las fuerzas por la forma en que se derrumbaron sobre ellas.

—¡Y yo me creía desgraciado porque tengo viaje para mañana! —comentó Dayton humorísticamente—. Aquí tienes a mis compañeros de vacaciones, Gus: destrozados por un rato de trabajo. ¿Cómo queréis que progrese el mundo con semejantes alfeñiques?

Elmer Fall le dedicó una mirada de odio… fingida, claro. Luego se echó a reír.

—Hemos empezado a averiguar cosas de nuestro amigo —dijo.

—¿Ha hablado? —indagó Jeff, adelantando el cuerpo sobre la mesa con no disimulado interés.

—Según lo tomes. En sentido literal… sí. Pero la verdad es que no nos hemos enterado de cosa alguna.

—¿Por qué? Si puede hablar…

—Se limita a repetir lo que se le dice. Ha perdido la memoria tan absolutamente que ni siquiera puede acordarse de que se come por la boca. Sufre todas las formas amnésicas conocidas, a la vez. Pero, sobre todo, su alexia es algo extraordinario…

—¿Qué es eso? —Jeff frunció el ceño—. A mí, háblame en buen inglés y déjate los tecnicismos para cuando no quieras que te entiendan tus pacientes, medicucho.

—Bueno —Fall sonrió, un poco confuso—. Alexia es una forma

de la afasia, o sea pérdida de la capacidad de expresión; aquélla se da cuando la dificultad consiste en recordar las palabras.

—O sea, en términos vulgares: que se ha quedado mudo.

—Ahí te equivocas. No sabe hablar, pero aprende con tanta rapidez como se le quiera enseñar. En un par de horas hemos podido meterle en la cabeza, entre Betsy y yo, algo así como un centenar de palabras, con sus significados.

—¿Y las aplica bien?

—Todo lo bien que le permite su reducido vocabulario… y sus nulos recuerdos. Parece como si, al tener la memoria en blanco, tuviese todo el sitio del mundo para lo que va aprendiendo: su retentiva es tan fantástica que no hemos podido encontrar ni un solo error al aplicar lo que le habíamos enseñado.

—¿Y no tiene la más ligera idea acerca de su personalidad… o las circunstancias que le llevaron al sitio donde lo encontramos nosotros?

—Ya te he dicho que tiene el cerebro totalmente vacío de recuerdos. Si continúa así, será una persona normal dentro de un tiempo récord por lo breve… pero seguirá sin saber quién es —los ojos del médico se desviaron hacia Gus Aitken—. Tú podrías ayudarnos en ese aspecto, Gus

—Pidiendo sus antecedentes a los archivos del FBI, ¿no? —adivinó el policía.

—Eso mismo. Además, en cuanto se halle en condiciones de hablar y entender con cierta normalidad, pienso someterle a un tratamiento hipnótico y, si éste no da resultado, a una dosis de escopolamina.

—Si no lo matas, será más que un milagro —comentó Jeff.

—Francamente, lo que ocurre es que no acabo de fiarme: es demasiado extraordinario. Un hombre sin lesión visible alguna, pero con la memoria completamente vacía hasta de los recuerdos instintivos más elementales, es algo que no concibo. Si pudiera averiguar algo positivo de él, quedaría más tranquilo.

—Desde luego, no puede haber nacido anoche en medio del desierto —asintió Gus—. Y aunque éste fuera el caso, sus padres tendrían que encontrarse por algún lado.

Rieron todos la salida del policía… aunque, en especial los médicos, no parecieron hacerlo de muy buena gana.

# CAPÍTULO III

El aparato, largo y fino como una aguja, y con apenas una insinuación de alas en sus costados, dejó de ser como una pluma al viento para convertirse en algo estable cuando Jeff Dayton, su piloto, puso en marcha los giróscopos que controlaban su posición en el espacio. Todavía se encontraba muy fuera de la atmósfera, pero no tardaría mucho en alcanzar las capas más altas sobre las que iniciar el planeo que le llevase al suelo del desierto.

Jeff comprobó el perfecto funcionamiento de todos los controles, mantuvo una breve conversación con el control de la base y esperó a que llegara el momento de entrar en acción. Afuera, el cielo seguía completamente negro y las estrellas brillaban sin parpadeos muy próximas al sol.

Llevaba realizados muchos vuelos desde aquel día —¿cuántos meses antes?— que él y sus amigos encontraron el cuerpo insensible de un hombre en el desierto. Y todavía no encontraba natural el hallazgo y lo que siguió a continuación.

Nat —así lo habían bautizado a falta de otro nombre de que echar mano— aprendió a hablar y entender el inglés con pasmosa facilidad. Como dijera Elmer Fall, bastaba mostrarle una sola vez el significado de una palabra para que no lo olvidara jamás. Los tratamientos a que le habían sometido para arrancar de su subconsciente cualquier recuerdo fueron inútiles: no parecía guardar nada allí tampoco, ni Gus Aitken logró encontrar antecedentes suyos.

Picado en su amor propio, el agente del FBI tanteó todos los resortes a su alcance: la Interpol, Scotland Yard, la Sureté… Nada. Como dijera en broma cierto día él mismo, Nat hubiera podido nacer muy bien en el desierto de Nuevo Méjico, unos minutos antes del hallazgo de su desnudo cuerpo.

Aprendió a leer más rápidamente todavía que a hablar. Mostrando una espléndida facilidad para imponerse en cuestiones técnicas, siguió —aunque Jeff ignoraba, desde luego, que fuera un camino preparado de antemano— todos los pasos previstos en la esquemática exposición que de sus objetivos le hiciera Tegar el *kentrik*.

Y ahora, en parte retenido para evitarle la desorientación que le dominaría de ser lanzado al ancho mundo, pero sobre todo por las magníficas aptitudes de que daba muestras, estaba trabajando en la propia base como miembro de su equipo técnico.

Dentro de poco, se dijo Jeff humorísticamente, aquel genio recién llegado acabaría por ser imprescindible: todo el mundo recurría a él cuando se trataba de solventar un problema mecánico.

Una luz roja se encendió en su tablero de instrumentos. Indicaba que ya había profundizado lo suficiente en la atmósfera para que el blindaje exterior del aparato comenzara a acusar una elevación de temperatura causada por el velocísimo roce con el tenue aire. Instantáneamente olvidó a Nat para concentrar toda su atención en el trabajo que realizaba: había abandonado su personalidad para formar un todo con la máquina que le obedecía dócil y sumisa.

La cronometración de su lanzamiento desde la estación satélite había sido perfecta: allá abajo se divisaba todo el continente de América del Norte: la costa del Pacífico, Nueva Inglaterra, Méjico, por otro lado, y Canadá, al norte… Jeff alzó levemente la nariz del esbelto proyectil para iniciar un planeo. En el acto sintió, por vez primera, el tirón de la gravedad al apoyarse en el aire los alerones y reducir el ritmo de la caída.

Para él era una maniobra sencilla, aunque un principiante hubiera sudado al realizarla; demasiada velocidad en la caída haría arder el aparato, y un planeo muy largo retardaría el descenso enormemente.

Algunos minutos después, luego de una sucesión de *saltos,* como se les conocía en el argot profesional, se encontraba a pocos cientos de metros de la superficie del desierto, corriendo a fantástica velocidad hacia la pista designada mientras caía… demasiado deprisa para su integridad física y la de la máquina. Éste era casi el único instante crítico. ¿Qué pasaría si fallaba el encendido de los cohetes? Pero no; apenas pulsar el mando correspondiente, se sintió empujado contra la colchoneta antiaceleración que tenía a sus espaldas, y el descenso se redujo al tomar más aire los planos.

Segundos más tarde tocaba tierra. Un salto, otro… los motores se detuvieron. Una rápida furgoneta—remolque acudía a su encuentro para arrastrarle hacia el hangar.

Había dejado de imponerle la gran altura a que quedaba la

carlinga del suelo. Abrió la portezuela, surgieron los peldaños, ocultos hasta entonces en el fuselaje… y ya estaba en tierra.

—¿Alguna novedad, Jeff?

—Ninguna, que yo sepa —respondió brevemente a su jefe de mecánicos—. Repasadlo, como de costumbre.

Echó a andar con el casco bajo el brazo. Últimamente se había convertido para él en un rito la costumbre de hacer determinada visita apenas llegaba a tierra.

Penetró en un pabellón, haciendo caso omiso al cartel que prohibía la entrada. Un pasadizo, con puertas a ambos lados, cada una con su correspondiente nombre en letras doradas, y, finamente, se detuvo ante una en que se leía: *S. Barkley*.

—¿Molesto?

—¡Jeff! ¡Cariño! —Steve giró rápidamente desde el panel de instrumentos donde estaba introduciendo fichas de instrucciones para el computador electrónico que ocupaba la totalidad del sótano. Abandonando su tarea por un segundo, corrió a abrazar al piloto.

—Acabo de hacer un viaje de muchos miles de millas —le informó él, muy serio—. Y tengo apetito. ¿Conoces tú algún medio de aliviarlo… en compañía de alguien?

—Pues… no sé —repuso ella, fingiéndose dudosa—. Quizá Joe, el camarero, consienta en tomar una taza de café contigo, si le invitas.

—Es una buena idea, vaya que sí —convino Jeff, besándola—. Luego invitaré al cine a una chica nueva que ha llegado para Administración… y hasta quizá la lleve al baile. Ya sabes —siguió confidencialmente— que, hasta que se acostumbran a vernos, todas ellas se vuelven locas por un buen mozo como yo… sobre todo si lleva al pecho las alas con el cohete. Me pondré mi mejor uniforme, y…

—¡Jeff! Sé que estás bromeando, pero ni aun así te consiento que digas ciertas cosas.

—Pero… ¡si has sido tú misma quien acaba de decir que no puedes acompañarme! ¡No querrás que me aburra por ahí, solo, mientras tú andas de juerga con tu máquina de sumar!

—¡Máquina de sumar! —la chica era capaz de tolerar cualquier broma, menos un insulto a su instrumento de trabajo—. ¿Máquina de sumar has dicho? ¡Se trata de una IBM del más…!

Se echó a reír, comprendiendo, como siempre demasiado tarde, que Jeff le estaba tomando el pelo.

—¡Cualquiera diría que he cometido algún sacrilegio! —protestó Jeff—. ¿Acaso no realiza sumas, si se lo pides?

—Sí… —riendo todavía, regresó junto a la mesa de control—. Aguarda un segundo. Me has convencido.

Terminó de introducir las tarjetas, pulsó el resorte de puesta en marcha y se declaró dispuesta.

—Andando.

—Oye… —se detuvo Dayton con un repentino temor—. ¿No te echará los perros el jefe?

—¿Por salir fuera de horas? No lo creas. Lo único que le importa es que se haga el trabajo. Cuándo se nace le tiene sin cuidado.

Jeff tenía unos requisitos que cumplir, teóricamente su primera tarea apenas llegar a tierra: pasar el examen médico. Sus compañeros lo eludían con cualquier excusa siempre que les era posible, pero él, pese a considerarlo una inútil pérdida de tiempo, jamás dejó de realizar su visita a Elmer Fall. Ahora, acompañado de Steve, tomó el camino del hospital.

La muchacha empezó a soltar algo de lo que llevaba entre ceja y ceja.

—Estoy un poco preocupada, Jeff.

—¿Por…?

—Elmer. Le ocurre algo… y creo saber qué es.

—Supongo que no le habré hecho algo sin pensar…

—No. No eres tú, ni yo tampoco. Se trata de Nat.

—¿Qué le ocurre con él? —se extrañó el piloto.

—Sabes que Elmer está *colado* por Betsy. Pues bien, últimamente parece que ella le hace mucho más caso a Nat.

—¡Bah! No hagas caso. Es propio que un médico, y ella lo es, se interese por un caso tan extraño como el de ese muchacho.

—No creo que la cosa vaya por ahí. Elmer también piensa igual que yo.

—¿Te lo ha dicho, acaso?

—¡Claro que no! Pero lo he adivinado yo. ¿No podríamos ayudarle de alguna forma? Nat es un enigma y… quizá sean aprensiones mías, pero no acaba de serme simpático. No me fío de él.

—Creo que ves algo donde no hay nada, Steve. Nat parece un buen chico, y es más bien tímido. Sin embargo, hablaré con él para ver si encuentro algo de eso que recelas. Yo también lamentaría que Betsy y Elmer tuvieran algún tropiezo en sus relaciones.

No hablaron más de aquel asunto. Mientras Fall observaba atentamente las reacciones de Jeff a las distintas pruebas a que le iba sometiendo, éste le seguía con la mirada. Al menos en una cosa había acertado Steve: su amigo estaba más serio que de costumbre, y como preocupado por algo.

Sólo al final del examen, Elmer se permitió una pequeña broma:

—Estás tan sano que dudo te ocurriera nada si cayeses desde cincuenta kilómetros de altura o salieras al espacio sin escafandra.

Pero aquella observación no alteró en nada las opiniones de Jeff y su novia; era una frase estereotipada, que Fall endosaba a todos sus pacientes, con muy poca variación, cuando no encontraba en ellos nada anormal.

Los dos jóvenes hablaron poco de los problemas de los doctores Fall y Morton durante la comida. Tenían sus asuntos particulares, mucho más interesantes en el propio concepto, y a ellos se dedicaron, forjando proyectos para el porvenir, discutiendo el lugar más apropiado para establecer su residencia cuando Jeff hubiera logrado ahorrar lo suficiente para instalar un pequeño negocio…

Sólo cuando se despedían a la puerta de los laboratorios, para que ella reanudara la jornada, Steve insinuó algo.

—¿Qué piensas hacer con lo que te he dicho de Betsy y Nat?

—Ahora pensaba ir a verle a él. Trataré de sonsacarle con tacto… Aunque no creo que podamos hacer gran cosa en el supuesto de que tus sospechas sean fundadas: los tres son mayores de edad para salir de sus propios apuros y dirigir sus vidas como les parezca mejor.

Con las manos en los bolsillos y un cigarrillo colgado de la comisura de los labios, afectando el aire más aburrido que le fue posible, Jeff marchó hacia los talleres donde Nat ocupaba un banco de trabajo, haciendo prácticas con los aparatos auxiliares de los giróscopos.

En la puerta de la gran nave, se cruzó con la doctora Morton, que salía.

—¿Cómo va tu pupilo, Betsy? —le preguntó, estudiando su

rostro con disimulo para comprobar la reacción.

Ella sonrió alegremente.

—Muy bien. Es un alumno de lo más dócil… y no creo que le quede mucho por aprender de sus maestros. Salvo porque no recuerda nada anterior al momento en que le encontramos, parece una persona completamente normal.

—Debieras sacarle a ver un poco de mundo… —sugirió Jeff.

—Pienso hacerlo… más adelante. Quizá lo lleve a Álamogordo, por el momento. Luego iremos a alguna población mayor para que vaya acostumbrándose al bullicio.

—Caramba, Betsy. Parece como si te hubieras constituido en su hada madrina, o algo por el estilo. ¡Cualquiera diría que te estás enamorando de él!

La chica enrojeció vivamente. Sin embargo, pensando que él lo decía en tono de broma, recobró la ecuanimidad con rapidez.

—Me da lástima; ésa es la verdad, Jeff. Debe ser muy triste encontrarse tan solo en el mundo, sin recuerdos… sin saber quién o qué era uno antes, ni si tiene familia.

—¿Y no hay medio de sacarle de esa amnesia? —era una pregunta que llevaba hecha tantas veces, que la respuesta la sabía de memoria.

—No. Hemos intentado todos los medios a nuestro alcance. ¡Si al menos supiéramos la clase de choque que sufrió para perderla! Entonces, quizá pudiera intentarse algo… Así no hay mucha esperanza, como no ocurra casualmente alguna cosa que le impresione en el sentido adecuado.

Jeff cambió de conversación, asintiendo con la cabeza.

—Allá arriba me han dado recuerdos para ti: Mike Shieffeld. Dice que a ver si te animas a acompañarme un día.

—Me gustaría, de veras —se entusiasmó la muchacha—. Pero no sé si podrá ser. Hay mucho trabajo aquí…

—Piénsalo. No creo que te fuera difícil, si te empeñas.

Se despidieron. La doctora llevaba prisa, y Jeff se volvió a contemplarla unos instantes mientras se alejaba con su garboso andar. Indudablemente, era bonita, y no tenía nada de extraño que Elmer Fall tuviera el seso sorbido por ella… y que los celos le corroyeran, aunque no hubiera demasiados motivos para ellos.

Cosa que Jeff dudaba mucho menos ahora que cuando, poco

antes, había hablado con Steve Barkley al respecto.

Tiró el cigarrillo y se introdujo en el taller.

Cientos de mecánicos trabajaban allí. Unos pertenecían simplemente a la dotación del astropuerto, los menos. El resto se dedicaba a la construcción y acabado de las piezas más delicadas para la maquinaria de la estación espacial que se estaba montando, e incluso unos cuantos, llegados no hacía mucho, preparaban ya las porciones iniciales para la construcción de una colosal astronave que se proyectaba lanzar, con la estación—satélite como base.

Su objetivo primero era una expedición a Marte; pero una expedición en gran escala, con quizá cincuenta o más tripulantes a bordo.

Luego… Jeff sonrió: su máxima aspiración era formar parte de la dotación del proyecto *Olympus*, en el cual el viaje a Marte no era sino una especie de prueba: su verdadero objetivo y fin consistía en la exploración de la parte del Sistema Solar situada más allá del cinturón de asteroides.

Y estaba seguro de lograr el puesto: ¿no era, acaso, el mejor piloto de la docena de diversas nacionalidades que abastecían el satélite?

Nat se encontraba en el pequeño departamento que le habían asignado como lugar de trabajo. Su misión, como principiante, consistía en colocar el bobinado de diminutos transformadores no más grandes que terrones de azúcar. El piloto se sentó en un extremo del banco y contempló, interesado, la tarea del otro, viendo la portentosa habilidad manual que desarrollaba manejando las pinzas y los delgadísimos alambres.

El *bemioriano* ponía gesto aburrido, como indicando que aquello era demasiado sencillo para él.

—Debieras pedir que te cambaran de trabajo, Nat —dijo Jeff para iniciar la conversación.

—Ya lo he hecho. Dicen que esto es muy importante y que no pueden darme otra cosa, por ahora —sonrió—. Yo sé que no confían en mí para tareas más delicadas. ¿Qué le vamos a hacer?

—Has aprendido muy deprisa. ¿No será que antes te dedicabas a algo parecido?

—No tengo la más leve idea —se encogió de hombros—. Lo cierto es que estas tareas me gustan… pero el bobinar

transformadores es demasiado sencillo.

—Llegarás a ser un buen técnico, Nat… —como si se le ocurriera de pronto la idea, cambó de tema—: ¿Qué te parece la doctora Morton?

—¿En qué sentido? —frunció el ceño, como extrañado—. Tengo poca experiencia para decidir si es buena o no en el aspecto profesional; para mí, ha resultado inmejorable. Físicamente, no veo, siempre con la misma limitación, que tenga nada que envidiar a cualquier otra chica de las que viven en la Base. Sin embargo, no me creo buen juez.

—Ella parece interesarse mucho por ti y… —se interrumpió; había estado a punto de agregar: *el doctor Fall tiene ciertos derechos sobre ella y no lo ve con buenos ojos*, o algo por el estilo. Esto no era totalmente cierto, al menos en su primera parte— puede beneficiarte mucho su amistad. ¿Has pensado en tu porvenir?

—No, francamente. Aquí estoy bien. Claro que me gustaría ser algo más que un simple mecánico, pero, al menos por el momento, no veo muchas posibilidades.

—Sigue estudiando. Tengo entendido que gozas de buena salud y, con ella, podrías optar a algún puesto de vuelo. ¿Por qué no intentas especializarte en algo que te pueda servir?

—¿Qué, por ejemplo? Desde luego, sería fantástico. Pero tengo entendido que se investiga mucho a la gente para eso… y a mí no será muy fácil que me encuentren antecedentes de ninguna clase, a no ser que recobre la memoria. Ya empiezo a desesperar de lograrlo algún día.

—Eso quizá pueda arreglarse. En cuanto a lo otro, hay muchos puestos a cubrir: pilotos, especialistas en comunicaciones, mecánicos…

—Lo pensaré.

—En la biblioteca hallarás libros sobre todas esas materias. Estúdialos. Luego decide lo que más creas que te agrada.

—Sí, señor Dayton —sonrió Nat dócilmente.

Su expresión era más bien tímida e insegura. Como si creyese que aquello era un sueño irrealizable y lo rechazara ya desde el primer momento. Jeff abandonó el borde de la mesa y sacó un cigarrillo.

—Cuando quieras un consejo que, por la materia, no puedas

conseguir de los doctores, búscame. No te será difícil hallarme.

—Gracias.

Cuando Jeff hubo salido volvió a inclinarse sobre su banco de trabajo. Los transformadores pasaban por sus manos con una rapidez asombrosa y luego iban quedando limpiamente alineados en la caja de plástico que serviría para guardarlos hasta que fueran necesarios. En cada vuelo se cambiaban varios de ellos a las naves—cohete.

Solo un segundo alzó Nat la vista para posarla en las amplias espaldas de Jeff… con una cierta expresión de lástima: Dayton sería una de sus próximas víctimas. Le apenaba tener que hacerlo, pero su deber se lo imponía ineludiblemente.

Aquellos diminutos transformadores eran parte del arma de que pensaba servirse para desencadenar una hecatombe cuando considerase llegado el momento, y pensaba preparar en la misma forma todos cuantos aparatos idóneos cayeran en sus manos. Nadie sabría el por qué de estrellarse los cohetes, o perderse en el espacio.

Ya tenía casi ultimado el complemento: un amasijo de cables y bobinas que semejaban un montón de desechos. Cuando llegara la oportunidad, provocaría la primera catástrofe de prueba.

—Ya está bien por hoy. Nat —un rostro jovial asomó en la abertura que oficiaba de puerta—. Puedes irte a descansar cuando quieras.

—Gracias, jefe. Terminaré estos cinco o seis que me quedan.

En diez minutos había terminado. Pasó por la biblioteca, tomó prestado un libro que, teóricamente, le costaría un par de días de leer, y fue a encerrarse en su habitación. Inmediatamente se puso al trabajo de dejar su arma en condiciones.

Con unos instantes de hojear el libro tenía suficiente para percatarse de su contenido. Pues Akhelon, el *bemioriano,* había recobrado su memoria… pero sin perder la gran capacidad retentiva que ya asombró a Elmer Fall.

Y que era mucho mayor de lo que el médico sospechara.

# CAPÍTULO IV

A horcajadas sobre la estrecha abertura que permitía su acceso a la carlinga individual, Jeff Dayton se detuvo un instante para mirar en dirección a una ventana de uno de los edificios de la Base. El sol incidía sobre ella en ángulo, impidiéndole distinguir lo que quedaba al otro lado de los cristales, pero sin la menor duda sabía que allí estaba Steve Barkley diciéndole adiós con la mano.

Correspondió al no visto saludo y cerró la portilla tras de sí. Le quedaban diez minutos para el despegue, tiempo no demasiado largo si se tenía en cuenta la cantidad de comprobaciones que llevaba consigo el cúmulo de indicadores y mandos que se amontonaban en el estrecho recinto.

Primero se ajustó el hermético casco, comprobando el paso del aire de los tanques que tenía a su espalda. Luego se sujetó bien sobre la colchoneta antiaceleración y pulsó un interruptor.

En el acto se animaron un sinfín de indicadores; el mastodonte metálico despertaba.

Era imposible que el ojo humano percibiera el ínfimo detalle de que la corriente había tardado una centésima de segundo en circular por sus conductores. Únicamente una persona se dio cuenta de algo extraño y no podía relacionarlo con el movimiento de la mano de Jeff; esta persona era Steve Barkley que, segundos después, comprobaba que el cerebro electrónico que trabajaba a sus órdenes había cometido un error.

Con la tira de papel que la máquina había dejado en sus manos, se acercó de nuevo a la ventana para ver despegar a Jeff. Más tarde comprobaría aquella solución anómala.

—Todo en orden —anunció Jeff a la torre de mando—. ¿Cuánto falta?

—Tres minutos, con un margen de veinte segundos —le contestaron.

—De acuerdo. Preparado. Hasta luego.

—Buena caza —le respondieron desde la torre.

Procuró relajarse, con la vista fija en el reloj del tablero de instrumentos. La manecilla de los minutos parecía clavada en el mismo sitio, pero el segundero era perfectamente visible en su

movimiento circular, lento pero seguro.

Tensó un poco los músculos cuando faltaban cinco segundos para el momento indicado, y su mano se tendió hacia el control que accionaría los *boosters* que, con su empuje suplementario, ayudaban a la pesada nave a alzarse unos cientos de metros y alcanzar la velocidad necesaria, para que los motores propiamente dichos no consumieran tanto combustible.

—Salgo —anunció lacónicamente.

Un fantástico rugido onduló sobre las candentes arenas del desierto, deslizándose por la pista de cemento hasta chocar, con la fuerza de un huracán, contra los fuertes muros de las construcciones más próximas. La base del esbelto proyectil se cubrió de llamas y humo y, muy lentamente en los primeros segundos, más deprisa después, comenzó a separarse del suelo.

Estos instantes iniciales eran los peores, cuando la aceleración golpeaba con toda su fuerza sobre el martirizado cuerpo del piloto. Luego, uno parecía acostumbrarse algo, pero hasta entonces resultaba imposible realizar el menor movimiento.

La presión sobre su pecho disminuyó en una fracción. Jeff lo esperaba ya, y se preparó para el siguiente golpe. Los *boosters* empezaban a perder energía y ahora entraban en turno los motores del carguero.

Fue simultáneo. Con los ojos entornados, Jeff podía ver encenderse una luz verde en el tablero; parpadeó cuatro veces seguidas, y luego se apagó. No volvería a lucir hasta el siguiente vuelo.

—Auxiliares fuera —anunció—. Recogedlos, muchachos. Creo que no se abollarán mucho.

Algún pequeño desperfecto sufrían los cuatro grandes tubos al caer desde quinientos o más metros, pese a ir suspendidos de paracaídas. Éstos, sin embargo, evitaban que quedasen completamente destrozados e inservibles.

La alargada nave siguió subiendo, impulsada ahora por su propia fuerza. Jeff veía cómo se sucedían las cifras en el altímetro: mil metros… mil quinientos… cinco mil… El todavía denso aire hacía ascender la temperatura exterior. Las vibraciones eran imperceptibles, al haber dejado atrás la barrera del sonido.

Diez mil metros. Prácticamente fuera de la atmósfera, aunque

ésta seguía siendo demasiado densa para que los motores lograsen la aceleración ideal proporcionada al combustible consumido.

Treinta mil. Seguía subiendo la temperatura, observó. Un hombre moriría allí fuera en pocos segundos por falta de aire; sin embargo, podía decirse que continuaba pegado a la superficie de la Tierra.

Cien kilómetros. El cielo era completamente negro, indicio de que la capa de gases que quedaba encima era despreciable en cuanto a densidad. Las estrellas brillaban como en una esplendida noche de verano. Sin embargo, solamente llevaba recorrida la quinta parte del camino para abandonar, a todos los efectos, la envoltura atmosférica de la Tierra.

La intolerable presión sobre su anatomía desapareció de súbito. Jeff suspiró aliviado, pero no por ello desvió su atención ni un solo segundo de los indicadores: el reloj señalaba el segundo exacto en que aquello debía ocurrir. Todo iba bien, pues.

—Cesado el primer impulso —comunicó a la base—. Continúo.

—Vas bien, Jeff. Sigue el programa como de costumbre.

Aquella contestación indicaba que la Tierra, aunque permaneciendo a la escucha y alerta por si ocurría alguna emergencia, se desligaba de él en cuanto a las maniobras a realizar, que serían dirigidas ahora desde la estación—satélite.

El telegrafista de esta última debía estar escuchando, pues inmediatamente sonó su voz en los auriculares de Jeff:

—Adelante, piloto. Inclinación doce grados, veintitrés, dándole un impulso de veintinueve segundos desde la señal.

Dayton realizó los cálculos rápidamente. Una aguja se desvió con lentitud a una presión suya sobre los mandos del giróscopo que ordenaba la orientación de la nave; y segundos después escuchaba en sus auriculares un corto y estridente pitido: era la señal anunciada. Con la mirada puesta en el segundero del reloj, pulsó la puesta en marcha.

La respuesta fue instantánea, con una reproducción del empuje que antes le oprimiera contra el respaldo de su acolchado asiento; sin embargo, ahora resultaba más tolerable por su menor potencia.

Sus dedos accionaron el pulsador que cortaría el suministro de combustible a los motores en el instante exacto… y una garra de hielo pareció estrujar su corazón cuando aquella máquina, que

hasta este momento había sido siempre un dócil instrumento de sus órdenes, se rebeló de modo inesperado: los cohetes seguían funcionando a pleno rendimiento, y cada segundo transcurrido de aquella forma le llevaría a pasar rápidamente al lado de la estación —satélite… con lo cual no iba a ser posible estabilizarse en la misma órbita.

—¿Qué haces, loco? —aulló el hombre que controlaba sus operaciones—. ¡Te he dicho veintinueve segundos, no media hora!

—Los mandos no responden —replicó lacónicamente Jeff. Estaba seguro de que aquello suponía la muerte para él, pero no perdió la serenidad—. Instrucciones.

—¡Salta, por mil diablos, salta! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

—¿Y el cargamento?

—¡Abandónalo, idiota! ¡No puedes salvarlo de ninguna forma!

Jeff tenía sus propias ideas al respecto. El cohete llevaba combustible para diez minutos, que, bien aprovechados, supondrían la fijación en una órbita desesperadamente lejana.

—¿Cuánto tiempo falta para pasar cerca de vosotros?

—¿Eh? ¡Tres minutos! ¡Pero salta ahora, infiernos! ¡Si esperas a entonces, llevarás…!

Sus siguientes palabras no llegaron ya a oídos de Jeff Dayton. Acababa de arrancar las clavijas de sus auriculares, desconectándolas del cuadro de instrumentos.

La larga práctica le había dado cierta facilidad para moverse a la aceleración de tres gravedades que pesaba sobre él en estos instantes. Sus acciones eran torpes, pesadas y lentas, y no ignoraba que su organismo podría sufrir daños irreparables en una prolongada exposición a tan anómalas condiciones. Sin embargo, no vaciló.

En dos segundos se había soltado de los cinturones de seguridad. Detrás de su cabeza tenía una portilla cuyos pasadores tampoco le presentaron dificultades; se deslizó por ella, pasando al departamento de carga.

Aquello estaba oscuro como boca de lobo, y apenas quedaba el espacio imprescindible para que pasara por entre las cajas cuidadosamente atornilladas al armazón de la nave; a tientas, conociendo el lugar como la palma de su mano, Jeff recorrió la

veintena de metros de estrecho túnel, y buscó otra escotilla que daba al exterior.

La esfera luminosa de su reloj de pulsera le dijo que había invertido veinte segundos de los ciento ochenta que tenía a su disposición.

Difícil le iba a ser.

Pero no se detuvo a recapacitar sobre el riesgo, cada vez mayor, que estaba corriendo. Un cable de nylon quedó sujeto por su gancho a una abrazadera, y Jeff se encontró suspendido en el espacio, pegado en realidad a las planchas metálicas del costado de la nave.

El silencio era absoluto, y la oscuridad total. Únicamente, a varias docenas de metros de sus pies, las llamaradas que escapaban de los insubordinados motores, cegadoras en su violencia. No tenía la menor sensación de movimiento.

Encontró una nueva portilla. Sus casi agotadas fuerzas le llevaron al interior del segundo cuerpo de la nave, donde se alojaban los depósitos de combustible. Pero apenas podía moverse, y tenía el cuerpo cubierto de sudor. El esfuerzo había sido digno de un Hércules.

Ahora tuvo ocasión de bendecir mil veces las interminables prácticas que le habían permitido saber exactamente el lugar que ocupaba cada objeto, tubería y conexión en el inmenso cuerpo de la astronave. Sin vacilar, se arrastró por entre un laberinto de depósitos y conducciones hasta llegar a una llave de paso; jadeante, se aferró a ella con todas las energías que restaban a su cuerpo, y la hizo girar.

El efecto fue inmediato: los motores cesaron de emitir llamaradas; la aceleración dejó de presionar sobre él, y, pese al casi absoluto agotamiento que le dominaba, se sintió ligero y ágil.

La catástrofe, en cuanto dependía de él, había sido conjurada.

Pero aquello no representaba, ni mucho menos, que ya estuviera a salvo. Consultó una vez más el reloj. Había transcurrido minuto y medio, tiempo récord si se tenía en cuenta la hazaña realizada, pero excesivo para que tanto él como el carguero pudieran considerarse salvados.

En noventa segundos, quizá unos pocos más si se descontaban los efectos de la aceleración que dejaría de producirse en este tiempo al haber cortado él el suministro de combustible, pasaría a

la mínima distancia de la estación—satélite, única posibilidad que le quedaba de seguir viviendo. Si no la podía alcanzar, su cuerpo congelado vagaría por el espacio hasta que alguien, dentro de unos días… o unos siglos, lo recogiera. Quizá por toda la eternidad.

Por tanto, en este tiempo debía abandonar la nave y reducir su propia velocidad hasta equipararla con la del satélite para no pasar por su lado como un proyectil… o chocar con él, destrozándose.

El regreso a la angosta carlinga fue mucho más rápido, al no tener que luchar contra la aceleración: no pesaba absolutamente nada, y su única preocupación consistía en impedir que su masa le llevara contra algún objeto más duro que su anatomía. Una vez allí, volvió a conectar sus auriculares con el aparato de radio.

—¡Estación! ¡Estación! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Desesperado, alzó los ojos hacia el panel de instrumentos. Y, con más sorpresa que espanto, comprobó que nada funcionaba: las esferas indicadoras estaban todas a cero, y ni una sola luz brillaba en el cuadro.

La nave estaba muerta. En todos sus miles de metros de cables conductores no circulaba la más mínima partícula de electricidad.

No era el momento adecuado para lanzarse a la búsqueda de la avería. Jeff se encogió de hombros, aferró un enorme depósito de aire y lo encajó a sus espaldas junto a los de la dotación normal.

Luego salió por la escotilla que tenía junto a sí, directamente al vacío exterior. Un ligero impulso de los pies y se encontró suspendido en el espacio, separándose rápidamente de la alargada masa del cohete que fuera su vehículo hasta ahora.

Contorsionó su cuerpo para dar una mirada en derredor y orientarse. Ninguna fuerza actuaba sobre él que le informara de la dirección en que se estaba moviendo, y tenía necesidad de saberlo para contrarrestar su velocidad cuanto le fuera posible.

Abajo —sonrió al ocurrírsele que donde se encontraba él no había conceptos tales como *abajo* y *arriba*—, la colosal esfera de la Tierra giraba sin cesar sobre sí misma. Jeff estaba penetrando ahora en la zona crepuscular, y pronto sería completamente de noche, lo cual no iba a mejorar, precisamente, su situación. Un intenso frío pondría a prueba las baterías que alimentaban el circuito de calentadores de su traje hermético.

Ya sabía la dirección de su marcha. El cohete era un simple punto luminoso en la distancia, reflejando la luz del sol poniente. Delante, acercándose con rapidez aunque él no tenía puntos de referencia que se lo indicaran, la estación espacial se destacaba como otro foco de luz.

Pero ésta no era natural ni reflejada, sino que procedía de la iluminación artificial que se encendía para seguir trabajando en los breves períodos de tiempo en que la luz del sol quedaba eclipsada por la colosal esfera que los mantenía sujetos con los invisibles lazos de la gravedad.

Jeff tomó el tubo que sobresalía del gran depositó de aire que había tomado de la carlinga del cohete, y apuntó cuidadosamente hacia el blanco que le ofrecía el iluminado satélite, cual si lo hiciera con un arma. Luego abrió la espita.

Una sacudida leve y supo que su velocidad comenzaba a reducirse. La maniobra era complicada… y peligrosa. Demasiada pérdida del impulso significaría su irremediable caída haca la Tierra, en una órbita espiral que llevaría su cuerpo a desintegrarse por el roce contra la atmósfera… aunque esto ocurriría, como mínimo, varias horas después de que él hubiera muerto por falta de aire respirable. Por el contrario, si disminuía poco la velocidad, pasaría por las proximidades de la estación… pero demasiado rápidamente para que tuviera la menor oportunidad de detenerse allí.

Era una cuestión de cálculo exacto… sin datos en que basarse, y de ingentes cantidades de suerte.

Otro pensamiento hizo correr un escalofrío por su espina dorsal: su breve conversación con el telegrafista le había informado de cuánto iba a tardar en pasar a la altura de la estación… pero no se habló para nada de la distancia a que lo haría. Y, dirigiendo el chorro directamente hacia ella, no sólo reducía su impulso, refrenando la marcha, sino que originaba un alejamiento que era sumado al de la dirección primitiva del cohete. Y este error no tenía forma de corregirlo.

Tragó saliva, consultando a la vez el reloj. ¡Qué largos se hacían los tres minutos! Llevaba suspendido en el vacío apenas treinta segundos, más diez que pasó en la cabina adosándose el depósito de aire: total cuarenta, que, sumados al minuto y medio que invirtió en

hacer lo único que estaba en su mano para salvar el cohete, y el margen que con aquella acción se había proporcionado, le dejaba apenas otros sesenta segundos.

—¡Si salgo de ésta —se prometió—, voy a conseguir que todos los pilotos lleven radios individuales formando parte del traje espacial!

Ahora no tendría problema si en su equipo hubiera estado incluido un emisor—receptor portátil, pues se mantendría en contacto con el satélite, y desde allí hubiera recibido instrucciones adecuadas para la maniobra.

Su trayectoria actual, ¿sería interior o exterior a la órbita de la estación? Si al menos supiera esto…

Consultó el manómetro que indicaba el aire restante en el depósito. Aun a riesgo de aumentar la velocidad tangente que le llevaba a separarse del satélite, volvió a abrir la espita.

Y, de pronto, la cerró; acababa de ocurrírsele una nueva idea. Nuevo vistazo al reloj. Faltaban diez segundos para los tres minutos, que dejó transcurrir procurando buscar puntos de referencia en las estrellas para dejar fijada su posición con respecto al satélite y la Tierra.

Llevaba una trayectoria interior.

Ahora no había cuidado en equivocarse. Habiendo sobrepasado la estación por su mayor velocidad, dirigió el chorro en sentido contrario, manteniéndolo así. Estaba seguro de acercarse a su objetivo, aunque nada le proporcionara indicios al respecto. Un minuto. Otro. La blanca nube que formaba el aire que al congelarse por el contacto con el intenso frío del espacio, iba quedando como una estela.

No se molestó en consultar nuevamente el reloj. Ya no se trataba de una cuestión de cálculo del tiempo, sino de suerte pura y simple.

Su objetivo era de mayores dimensiones ahora, y era posible distinguir detalles en lo que antes había sido un simple punto de luz. Podía verse la alargada forma del armazón de la nave que allí se estaba montando para enviarla a Marte, y los esféricos depósitos que contendrían combustible; la inmensa rueda que giraba con lentitud para proporcionar gravedad artificial a sus habitantes…

De súbito, se agotó la presión en el depósito.

No había duda sobre ello, pues el manómetro indicaba cero. Jeff

dirigió una mirada de desesperación al satélite, viéndole tan cerca y tan lejano a la vez.

Para lo que le servía, lo mismo hubiera podido encontrarse a la altura de Plutón.

Estaba anclado, moviéndose ciertamente hacia la estación, pero sus órbitas no coincidían en forma alguna, y cuando el sol, dentro de varias horas, se reflejara en su armadura espacial y acudiesen… si lo hacían, a comprobar de qué se trataba, él ya habría muerto por falta de aire respirable. Eso, en el supuesto de que no se encontrara otra vez demasiado lejos para ser, siquiera, visible desde allí.

Acometido de súbita desesperación, decidió jugarse el todo por el todo; era su única posibilidad de salvarse. Y si moría en el empeño… lo mismo daba un par de horas antes o después.

Primero abrió la llave de paso del aire a su escafandra, introduciendo en ella una presión varias veces superior a la normal, como reserva. Luego desconectó el tubo e hizo con él lo mismo que con el otro: utilizarlo como motor a chorro.

¿Llegaría? Al pronto sintió una gran euforia; no ignoraba que esto era culpa de la mayor proporción de oxígeno que estaba asimilando su organismo, pero no por ello se sintió menos animado. ¡Todo saldría bien!

La estación estaba ya, prácticamente, al alcance de su mano. Pero el aire se agotaba con alarmante rapidez… dentro y fuera de la escafandra. El optimismo de minutos antes se convirtió en pesadez, agotamiento… Tuvo que realizar un gran esfuerzo de voluntad para no volver a conectar el tubo…

¿Sabría ya Steve lo que había ocurrido? ¿O habrían silenciado el accidente hasta comprobar sus causas? No, seguramente, ya que no confiarían en averiguarlas nunca.

Experimentó una súbita congoja por la muchacha. Steve le quería, estaba seguro de ello. Lloraría… La cabeza empezó a darle vueltas y el firmamento se convirtió en una zarabanda de luces que subían y bajaban, cada vez más débiles…

Cerró los ojos. Sus dedos sin fuerza soltaron el tubo, inútil ya para ningún objeto. ¿Por qué no habría preferido vivir un poco más? Steve…

Su rostro se le presentó, sonriente, como lo viera hacía poco, antes de salir del astropuerto. Luego, una columna de humo pareció

interponerse ante la visión, y se hizo la total oscuridad…

Tosió. La garganta le ardía…

# CAPÍTULO V

Gus Aitken estaba en la torre de control. Casi siempre lo hacía, ya que sus ocupaciones eran tan pocas que le quedaba tiempo para presenciar el imponente despegue de las enormes naves… Y, como en cada ocasión, sintió su poco de envidia hacia Jeff Dayton, el piloto de este viaje.

Él nunca podría hacer aquello.

Se entretuvo charlando con algunos hombres. El comandante Crowley siempre tenía alguna anécdota en la punta de la lengua y era un ameno conversador.

—… y entonces le dije: si usted no estuviera demasiado gordo para meterse en la cabina, quizá comprendiese que el hombre que va dentro de ella tiene cierto derecho a salir después.

—Eso le convencería, supongo —aventuró el policía.

—¿Convencerle? ¡Muchacho! ¡Me dijo tan tranquilamente que él había volado en…!

—¡Comandante! ¡Comandante! —le interrumpió una voz a sus espaldas.

Crowley olvidó lo que estaba diciendo, para correr al lado del telegrafista.

—¿Qué pasa, Chet?

El hombre estaba pálido como un muerto, y tardó unos segundos en contestar.

—Se… se ha perdido el cohete.

¡Jeff! Aitken se apoyó en una mesita para escuchar más atentamente. Los demás corrían hacia allí para no perderse palabra.

El comandante estaba sacudiendo ferozmente al telegrafista, como lo haría un gato con un ratón.

—¡Habla, por cien mil demonios! ¿Qué ha pasado? —en vista de que el hombre no era capaz de articular palabra, se encasquetó los auriculares y atrapó el micrófono con una enorme zarpa—. ¡Estación! ¡Estación! ¿Qué diablos ha ocurrido? ¡Soy el comandante Crowley!

Escuchó atentamente, intercalando de vez en cuando un monosílabo para indicar que seguía allí.

—¿Y no ha saltado? —inquirió una vez. Pausa. Luego sus ojos

brillaron con incontenible orgullo—. ¡Bravo muchacho! ¡Ése es Jeff!

Gus se animó un poco. Tal vez Jeff estuviera a salvo. Pero las siguientes palabras del comandante acabaron con aquel amago de optimismo:

—Claro, claro… Era imposible. ¿A qué distancia ha pasado? —escuchó unos segundos—. Sí, tal vez se pueda recuperar si la órbita… No, desde luego; eso ya lo imagino… Gracias, muchacho.

Lentamente, dejó los auriculares encima de la mesa, con el mismo cuidado que si se tratara de frágiles objetos que el más leve choque reduciría a polvo. Después giró con la misma calma hasta enfrentar a Aitken.

—Es posible que Jeff esté vivo todavía. Pero no hay fuerza humana que permita llegar hasta él con tiempo suficiente.

—¿Qué ha pasado, comandante? Se decía que un accidente era casi imposible con esos cohetes nuevos…

—El *casi*, muchacho. Ese casi que jamás puede desterrarse —giró hacia un sargento—. Póngase en contacto con la estación y redacte un informe previo. Yo lo firmaré después. ¿Viene, Gus? Necesito tomar el aire… ¡Ah! —dio media vuelta para enfrentarse amenazador con el resto de los hombres—. ¡Ni una palabra de esto! ¡Me responden todos con su cabeza, como trascienda la noticia antes de que yo lo ordene!

Ambos marcharon en silencio, cabizbajos, perdido cada cual en sus propios pensamientos. Fue el comandante el primero en romperlo con una colérica exclamación:

—¡Es imposible! ¡Completamente imposible una cosa así!

—¿Qué ha pasado en realidad? —Gus repitió por segunda vez su pregunta.

—Jeff tenía que poner en acción los motores durante un tiempo determinado para hacer coincidir su órbita con la de la estación. Se ignora cómo fue, pero, cuando le llamaron la atención porque había sobrepasado los segundos que le habían fijado, se limitó a responder que los mandos no obedecían… y entonces recibió orden de saltar. La nave estaba ya perdida, porque cuando hubiera consumido todo el combustible se habría situado en una órbita tan excéntrica que resultaría imposible recobrarla. Por tanto, lo único que podía hacerse era salvar al piloto.

—Y no obedeció. Eso me ha parecido entender…

—Exacto. No sólo eso sino que el contacto por radio se interrumpió inmediatamente, aunque el cohete seguía enviando sus señales automáticas de posición. Imagino —continuó Crowley— que Jeff quiso hacer lo que estuviera en su mano, sin darse cuenta de que en ello le iba la vida. Retrocedió hasta la parte posterior de la nave y cerró manualmente el paso del combustible. Eso lo supongo sólo, claro; pero lo cierto es que, antes del tiempo necesario para que aquél se agotara, los motores se detuvieron. Y entonces el cohete dejó de enviar ninguna señal.

—¿Cómo se explica eso último?

—No lo sé. Hay muchas explicaciones, pero ninguna satisfactoria. Temo que, como no recuperemos la nave, jamás obtendremos respuesta.

—Una copa nos vendrá bien, comandante —sugirió Gus. Se encontraban en la puerta de la cantina.

Entraron. Cada cual tomó su whisky, sumergidos en hosco silencio otra vez. Luego, Crowley regresó a su puesto. Necesitaba hacer algo, discutir con alguien para desahogarse.

El joven policía quedó acodado en su mesa, con la mirada fija en el vaso vacío.

No supo nunca si llevaba en aquella posición unos segundos o varias horas. Le sacó de su abstracción una voz agradable que sonaba a su lado.

—¿Borracho a estas horas, Gus? Nunca lo hubiera creído de ti.

Alzó los ojos. Steve Barkley le contemplaba, intrigada.

—¡Hola, Steve! —sonrió forzadamente—. Siéntate.

—Estás raro… ¿No te habrás enamorado? —sugirió ella, obedeciendo la invitación.

—No… nada de eso —otra vez se obligó a curvar los labios en una mueca de fingida alegría—. Tengo la desgracia de que todas las chicas bonitas de este lugar están más o menos comprometidas con vulgares pilotos o medicuchos de tres al cuarto. Y las demás… no me hacen el menor caso.

—Gracias, Gus. Ya le comunicaré a Betsy lo que has dicho, por la parte que le corresponde en el requiebro —cambió de tema hacia algo que la tenía un poco intrigada—. Quería hablar contigo…

—¿De qué se trata? ¿Te ha molestado… —sintió una punzada en el corazón al ir a nombrarlo, pero pensó que con ello no hacía daño

a nadie: ya tendría la chica tiempo de desesperarse— Jeff? ¡Lo encerraré en cuanto baje de ahí arriba!

—No, no es eso, aunque tiene… bueno, parece tener cierta relación con él… —vaciló, como no atreviéndose a exponer su pensamiento.

—¡Estás intrigándome! ¿Qué es?

—Verás: resulta que, cuando Jeff ha salido, yo estaba programando unos cálculos. Pues bien; no sé qué ha podido pasar, que la máquina se ha equivocado.

—Bueno… —se mofó él—. Eso tiene una explicación muy sencilla: estabas nerviosa porque se marchaba tu novio, y…

—¡No, no! Un error mío es fácilmente comprobable; los datos eran correctos. Sin embargo, el calculador ha tenido una equivocación… cosa completamente imposible.

—No entiendo de electrónica. ¿Qué se te ocurre a ti?

—Nada. Es como si la máquina se hubiera detenido a descansar un momento, aunque eso es imposible, reanudando luego el trabajo un poco más adelante.

—¿Y cuándo dices que ha sido eso?

—Instantes antes de que Jeff despegara…

—Consúltalo con alguien que entienda. Esta vez has podido darte cuenta de la equivocación; quizá en otra oportunidad no ocurra así y… en fin, será mejor que le den un vistazo a ese aparato.

—No es fácil: todas las operaciones se comprueban automáticamente por sí mismas. De todas formas, si se repite, daré la señal de alarma… ¿Vas a comer, Gus? Acompáñame, si quieres.

—No, gracias. En estos momentos no tengo apetito —se puso en pie—. Voy a dar una vuelta por ahí.

En realidad trataba de huir de la presencia de la muchacha. Tan alegre ahora, no tardaría en conocer con desesperación la fatal noticia… Y él no se encontraba con fuerzas para comunicársela, ni para mantener una apariencia de jovialidad que no sentía en su presencia.

Miró su reloj. Media hora antes, Jeff Dayton era un muchacho en perfectas condiciones físicas, alegre, optimista y con un porvenir brillante: ahora estaba muerto.

Automáticamente, encaminó sus pasos de nuevo a la torre de control del astropuerto. No esperaba saber nuevas noticias; sin

embargo, una especie de morbosa ansiedad le conducía allí, al único lugar donde podían darle la grata noticia que, contra toda lógica, seguía aguardando.

* * *

—Estás nervioso, Nat. ¿Qué te ocurre?

El extraterrestre alzó la mirada de su trabajo para posarla en el vacío delante de él.

—No me ocurre nada, doctora, ¿por qué? Me encuentro normal, como siempre.

—Has deshecho varias veces el trabajo que tenías terminado, como si no te satisficiera. Dame la mano.

Obedeció de mala gana. Betsy Morton había venido a visitarle como de costumbre… y precisamente en el peor de los momentos. De un instante a otro se extendería la noticia de la catástrofe ocurrida al cohete pilotado por Jeff Dayton. Y él, que debiera estar satisfecho por el éxito alcanzado, no lo estaba en absoluto.

¿Por qué? Estaba cumpliendo órdenes, ¿no? Akhelon, el *bemioriano*, era un soldado. O un espía, lo mismo daba. Su misión era cumplir órdenes y salvaguardar con su cumplimiento la seguridad del Imperio. Los terrícolas serían perjudiciales si se mezclaban demasiado pronto con el resto de razas inteligentes de la Galaxia. Así se lo habían dicho, y él debía limitarse a asentir y obstaculizar su progreso espacial.

Sin embargo, no asentía. La culpa la había tenido aquel maldito libro que, por error, le entregaron en la biblioteca. Lo leyó impulsado por una malsana curiosidad, y ahora tocaba las consecuencias: su concepto de lo que debía ser y no ser había sido trastocado por completo.

—Dígame, doctora —dijo repentinamente—. ¿Sabría definir el concepto de *libertad*?

—¿Uh? —Betsy frunció el ceño, eludiendo momentáneamente la respuesta. Le chocaba así al pronto la interrogación, hasta que hubo caído en la cuenta de que el hombre que la formulaba no era una persona normal, sino alguien cuyos recuerdos más remotos apenas se remontaban a unas semanas atrás, y cuya ignorancia en casi todo era enorme. Aun así, trató de ganar tiempo—: Tienes el pulso un

poco alterado, Nat… Habrá que hacerte un reconocimiento en el hospital… ¿Qué decías?

—Le he preguntado si podría decirme, breve y claramente, qué es libertad —repitió con la firmeza de quien sabe lo que desea.

—Se han dado muchas definiciones a esa palabra, Nat. Supongo que podemos decir que libertad es la posibilidad de hacer lo que uno guste, mientras con ello no perjudique a otros individuos.

Akhelon movió la cabeza en gesto negativo.

—No… Esa definición no puede tomarse al pie de la letra.

—¿Qué defecto le encuentras?

—Pues… —el hombre quedó confuso. Realmente no tenía nada que oponer a aquello, salvo sus propias convicciones, fácilmente destruibles con argumentos más sólidos que los que él pudiera aportar. Optó por otra entrada en la cuestión—: Supongamos una sociedad en la que todos los individuos no sean iguales.

—No entiendo lo que quieres decir. El principio fundamental de toda libertad consiste en que sí lo sean.

Nat sonrió. Estaba llevando la discusión a su terreno.

—¡Pero de hecho no lo son, doctora! ¿Acaso se considera usted, socialmente, igual a una enfermera? ¿No tiene usted prerrogativas de las que ella carece?

—Quizá tengas razón —sonrió Betsy—. Sin embargo, yo opino que, a pesar de todo, la enfermera y yo somos iguales. Ambas tenemos las mismas oportunidades de progresar. La única diferencia, de la que no se puede acusar a ninguna de las dos, es que yo, por haber tenido mejor suerte o mayor inteligencia… o por cualquier otro motivo, disfruto de una posición superior a la suya. Y hasta podría alegarse que esa diferencia de posición es achacable a una falta de deseo por su parte de progresar más de lo que lo ha hecho.

—Luego, por los motivos que sean, los seres humanos no pueden ser absolutamente iguales —concluyó Nat, triunfalmente.

—En efecto, planteado así, me veo obligada a admitirlo. La imposibilidad física, la suerte, el mayor o menor deseo de progresar de cada uno, pueden ser, y son, factores de separación. Sin embargo, eso no obsta a lo que hemos dicho sobre la libertad.

—¿Por qué? —contraatacó él—. Comparemos a un hombre con… cualquier clase de animal irracional. Son seres vivientes;

luego ambos tienen igual derecho a ser libres. ¿Por qué no lo es un caballo? ¿Porque su inteligencia es menor que la del hombre? ¡No es culpa suya, como no lo es de quien nace idiota!

Betsy le miró, sorprendida de aquella explosión de vehemencia. Adivinaba algo oculto, algún propósito, en Nat; pero no podía alcanzar el verdadero significado de su interés por semejante discusión.

—Estás desorbitando la cuestión, Nat. Un animal no es un hombre. No obstante, puesto que has citado los extremos, voy a aceptarlos: supón que llevamos nuestro afán de conceder la libertad a todo ser viviente hasta el punto de intentar que el caballo disfrute de las mismas comodidades del hombre; por tanto, le proporcionaremos un automóvil. En primer lugar, al caballo le importará bien poco; quizá, incluso, se encuentre incómodo. Pero, además, resultará que, como el caballo carece de inteligencia para crear el automóvil, habrán de ser hombres quienes lo produzcan para él, y hombres, también, quienes lo lleven de paseo. Con lo cual el hombre habrá perdido su libertad para pasar a ser esclavo del caballo. Como ves, tu comparación lleva al absurdo.

Nat recapacitó un instante. No pudo encontrar argumentos que rebatiesen la tesis de la doctora.

—Me rindo —alzó la mano para dar mayor énfasis a la afirmación—. Sin embargo, ¿por qué, puesto que el hombre no debe ser esclavo del caballo, éste sí lo es de aquél?

—Tampoco debe serlo —asintió ella—. Y, antes de que me salgas al paso con otro argumento, que adivino estás preparando, te diré otra cosa: si no como esclavo, el caballo debe estar subordinado al hombre en otro aspecto. El del espacio vital. O sea que estando organizada la Naturaleza de forma que la vida para unos lleva inexorablemente consigo la muerte para otros que le son inferiores, el caballo debe desaparecer, si es necesario, para que el hombre progrese. Llegados a ese extremo, resultarán incompatibles, excluyéndose entre sí, y permanecerá quien de los dos esté mejor dotado para sobrevivir.

—Siempre ha ocurrido así —corroboró Akhelon. No veía la forma de llevar disimuladamente la conversación al punto que le interesaba, valiéndose de metáforas y comparaciones. Por tanto, optó por enfrentar su problema valientemente… aunque sin

descubrirse. Era mejor aquello que seguir diciendo lo que para un ser humano normal resultarían casi sandeces—. ¿Le parece que planteemos la cuestión desde un punto de vista teórico… pero posible?

—Veamos. Sigo creyendo que se cuece algo en tu cerebro, Nat. ¿Por qué no te sinceras conmigo? Creo ser buena amiga tuya.

—He leído que existe la posibilidad de múltiples razas inteligentes en el Universo —dijo él, sin hacer caso a las palabras de Betsy—. ¿Qué ocurriría si dos, o varias, de ellas llegaran un día a entrar en contacto… y una cualquiera, por ser más poderosa, avasallara a las demás?

—No lo has dicho; pero entiendo que te refieres al mismo tema de la libertad: ésta sería vulnerada, coartada. El dominio de unos seres inteligentes sobre otros es injusto.

—Supongo que eso depende del punto de vista —apuntó él—. Esta raza hipotética a que aludo se limita a regir, a ser, digamos, la clase gobernante. Los demás están contentos y satisfechos con ese estado de cosas, porque gozan de absoluta libertad para todo lo demás y opinan que ellos no llevarían mejor la administración del conjunto.

—En ese supuesto, no existiría problema: cada cual está donde desea estar. La libertad es perfecta.

Akhelon inclinó la cabeza. Había olvidado su trabajo, y durante unos minutos permaneció con los ojos clavados en el diminuto transformador que, según el lugar donde fuera colocado, supondría para los terrestres una pérdida de tiempo… o de vidas; o ambas cosas a la vez.

Lanzó la última pieza del rompecabezas. Según donde fuera a encajar…

—Y después que se ha establecido un equilibrio de esa forma, cuando todo el mundo está satisfecho con su situación, aparece una nueva raza inteligente en la escena. Es orgullosa, poseída de sí misma y de su capacidad, y no se aviene a ser regida por quien, en su concepto, no le es superior, sino que pretende medirse en plan de igualdad con los demás. ¿Qué cabe resolver entonces, partiendo de la base de que ninguno de los dos accede a humillarse ante el otro?

—El problema es grave, desde luego —Betsy sonrió—. Afortunadamente, sólo se trata de una situación imaginaria.

# CAPÍTULO VI

La escena que se ofreció a los ojos de Gus Aitken le hizo recelar de la lucidez de juicio del comandante Crowley. En el instante en que él aparecía en la puerta, el oficial se dedicaba a abrazar a todo el personal sin distinción de sexos ni categorías, emitiendo a la vez unos aullidos que hubieran causado la envidia de un guerrero comanche de los viejos tiempos.

Apenas vio a Gus, se precipitó sobre él, vociferando una explicación:

—¡Vive, muchacho! ¡Jeff está vivo!

El agente de seguridad sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó con un hilo de voz.

—¡Es grande! Yo siempre dije que no había mejor piloto en todo el Universo. Ha realizado la hazaña más portentosa que se puede imaginar, salvando la nave y su propia vida cuando nadie hubiera dado un centavo por ninguna de las dos.

Con entrecortadas frases, salpicadas de interjecciones en todos los tonos, le explicó la versión de la historia, tal como se la transmitieran a él desde la estación—satélite.

—Estaba sin sentido ya cuando unos montadores lo han encontrado en las vecindades del satélite. Por fortuna, se ha podido recobrar rápidamente en cuanto le han dado el aire que necesitaba, y ahora se encuentra casi bien del todo. He dado órdenes de que lo traigan a la Tierra tan pronto sea posible, pero se ha emperrado en ser él quien salve el cohete, que ha quedado en una órbita bastante fácil de alcanzar.

Gus, pasado el primer instante de excitación, se convirtió en el policía que era.

—¿Qué explicación ha dado acerca de las averías?

—Ninguna. Tendremos que esperar a que pueda revisarse todo.

—¿No cabe la posibilidad de un sabotaje?

—¿Sabotaje? ¡Muchacho, tú estás loco! ¿A quién podría beneficiar una cosa así?

—Sí, claro…

Pero no estaba convencido, ni mucho menos. De pronto se alzaba ante él la silueta de un hombre joven, de arrogante aspecto,

a quien el propio Jeff había encontrado sin sentido en medio del desierto.

Nat era un individuo misterioso. Alguien de cuya existencia no se tenían pruebas hasta el momento en que fue hallado por Jeff y sus amigos. En cuanto a lo de aquella amnesia tan absoluta, para él no era sino otro motivo de sospecha; casos así no eran corrientes, y el conjunto comenzaba a resultar en una serie de coincidencias que pedían una investigación más a fondo.

Tendría que trabajar un poco al respecto.

La suerte le acompañó, pues, apenas hubo puesto el pie en el exterior, se dio de bruces con la propia doctora Morton. Gus sabía que Betsy estaba muy relacionada con Nat; por tanto, ella era una de las personas más indicadas para informarle de lo que le interesaba.

Instantáneamente tuvo tomada su decisión.

—Estoy medio muerto de hambre, Betsy. ¿Me acompañas a comer?

—Con mucho gusto —repuso ella—. Yo también me he retrasado. Vamos allá.

Gus señaló con la cabeza hacia el barracón donde trabajaba Nat.

—Vienes de allá, ¿no? —ella asintió con un gesto—. ¿Qué tal anda tu paciente favorito?

—Progresa a una velocidad fantástica, chico. Ya no se conforma con engullir libros técnicos a ritmo supersónico, sino que también explora campos más amplios: ahora le ha dado por la sociología y zarandajas así.

—¡Te está resultando un niño prodigio! —apuntó Gus zumbonamente—. ¿Quiere dedicarse a la política?

—Lo ignoro. Me ha chocado mucho, desde luego, ese afán. Ahora mismo acabo de tener una discusión… amistosa, claro, con él. Se ha empeñado en que le dijese lo que es la libertad. Yo, que no puedo considerarme una persona técnica en esas cuestiones, me he visto en un verdadero apuro: afortunadamente para mí, ha resultado sencillo sacudírmelo porque sus ejemplos eran bastante infantiles. Al cabo me ha salido con una teoría que…

Habían llegado a la cantina. Mientras comían, Gus se las arregló para hacer que Betsy le repitiera, casi palabra por palabra, su conversación con Nat.

Y al término del refrigerio tenía formada por completo su teoría.

Era perfecta… aunque increíble.

Tanto que la cabeza le daba vueltas al pensar en ello, y decidió limitarse a vigilar a Nat, comprobando todas sus acciones, hasta poder conseguir pruebas. No era tonto y sabía que, incluso con ellas, iba a ser muy difícil que nadie le creyera.

* * *

Dos días después, un segundo cohete de carga se estrellaba contra el suelo del desierto cuando hacía un par de minutos que había despegado de la base.

El piloto… o lo que quedaba de él, fue encontrado entre los restos de la nave: un cadáver completamente irreconocible.

Y el comandante Crowley se encontró, de pronto, con que el hombre que tenía que tripular el envío próximo se negaba a encerrarse en la angosta carlinga.

Montó en cólera:

—¡Te veras ante un Consejo de Guerra, Mike! ¡No puedes negarte a subir!

—Sí puedo, comandante —replicó el hombre, cargado de razón—. Estoy dispuesto a hacerlo… cuando se me garantice que los cohetes reúnen las mismas condiciones de seguridad que antes. No es lo mismo jugarse la vida con un porcentaje a favor, que hacerlo con la certeza de que no hay nada que pueda salvarle a uno. Son dos seguidos los que han acabado mal.

—¿Y cómo infiernos quieres que te garantice yo una cosa así? ¡Anda, dilo!

—Eso es cosa suya.

—Jeff Dayton está dispuesto a ocupar su puesto en cuanto llegue aquí.

Bayard se encogió de hombros.

—Allá él. ¿Y cómo piensa bajar?

—En un cohete ruso, desde luego, ya que tú no te atreves a subir por él.

—Escuche, comandante —Mike adoptó un tono conciliatorio—. No le reprocho que me esté llamando cobarde de todas las maneras que se le ocurren. Yo haría igual en su puesto. Pero, ¿se ha dado

cuenta del descrédito que suponen dos accidentes seguidos, luego de meses y meses sin que ocurriera nada? Los malditos rusos se van a reír de nosotros hasta que revienten. Permítame que revise yo, personalmente, el cohete. Sólo le pido eso… y necesito, al menos, una semana para hacerlo. Cuando esté satisfecho, subiré en él; se lo prometo.

—¡Lárgate de aquí! —bramó Crowley—. ¡Saldrás pasado mañana, a la hora fijada, o…!

No concluyó la amenaza, porque el otro había dado media vuelta y era completamente inútil gritarle a una pared.

Giró hacia Gus Aitken, que había asistido impasible a la tormentosa entrevista.

—¿Qué te parece el gallito? ¡Y me tratan así porque soy demasiado blando! ¡Sabe de sobra que no soy capaz de cumplir mi amenaza!

—No debes, tampoco. Tiene razón él. Ven conmigo y lo comprobarás.

Encontraron a Mike Bayard metido dentro del cuerpo del cohete, empeñado en la ímproba tarea de comprobar manualmente todos y cada uno de sus circuitos.

—Ni en dos meses, con un equipo de cien ayudantes, logrará revisarlo todo —gruñó el comandante, malhumorado.

—Pero sabe lo que busca. Jeff nos ha dicho que en el suyo no había apenas dos metros de cable que no estuvieran quemados por completo.

* * *

Transcurrieron los dos días fijados para el siguiente vuelo de abastecimiento. Mike Bayard acabó por avenirse a cumplir con su deber, luego de haber pasado más de veinticuatro horas en interminable e ininterrumpida búsqueda de fallos… lo cual no le hizo mucha gracia a Gus Aitken: el policía hubiera preferido que el piloto encontrara algún defecto, o que incluso el miedo o la prudencia hubieran sido lo bastante poderosos en él para hacerle mantener la negativa.

Pues estaba seguro de que aquel vuelo iba a ser un nuevo desastre, y que en él moriría otro hombre. Todos no eran lo

afortunados o hábiles que Jeff Dayton.

Y lo peor de todo era que, creyendo saber quién era el culpable, no podía hacer nada por impedir la salida ni proceder contra éste. Sus pruebas eran simples suposiciones, sospechas sin base suficiente para permitirle actuar como hubiera sido su deseo.

Hubiera estado mucho más tranquilo de poder penetrar en los pensamientos de Nat. El extraterrestre no pensaba sabotear el vuelo de Mike Bayard.

Muchas habían sido sus vacilaciones en los últimos días, y por causas bien distintas. Su primera decisión llegó con la idea de que quizá estaba precipitando demasiado las cosas, haciéndolas excesivamente burdas y brutales, lo que era probable diera lugar a sospechas de sabotaje. Y él, Nat, por lo extraño de su aparición en la base, sería uno de los primeros sospechosos.

Tenía preparados y distribuidos cientos de artilugios de varias especies. Inofensivos en apariencia, cumplirían su misión perfectamente y no había examen, por minucioso que fuera, capaz de descubrir en ellos nada extraordinario; los propios terrestres los distribuirían, acoplándolos a los cohetes, a la maquinaria de la estación espacial, a la propia astronave destinada a Marte… Bastaba que, en el momento Nat lo considerase oportuno, fueran activados por el pequeño aparato que tenía en su poder, y nada en el mundo podría evitar una catástrofe.

Era ingenioso el modo de hacerlos funcionar. El activador emitía un haz de ondas de determinada frecuencia; si en aquel momento estaba pasando una corriente eléctrica por ellos o estaban inactivos, nada ocurría. En cambio, si simultáneamente con la recepción de las microondas pasaban del reposo a la actividad, se convertían en algo cuyas subsiguientes acciones dependían solamente de la forma en que estuvieran acoplados en la máquina: eran capaces de crear formidables campos electromagnéticos de tremenda fuerza y efectos variadísimos. En el caso del cohete de Jeff habían empezado por cortar la comunicación entre el panel de mandos y los motores para, en el espacio de pocos instantes, destrozar toda la instalación eléctrica, según iban variando las corrientes que circulaban por ella; la segunda vez ocurrió algo mucho más sencillo: un fallo en las bombas de combustible, y los motores dejaron de recibir éste, con lo que, falto de impulso, el cohete regresó a estrellarse en las

proximidades del lugar de donde acababa de despegar.

Por tanto, teniendo sus bombas preparadas y prestas a entrar en servicio a voluntad, decidió esperar. Un fallo esporádico no llamaría la atención y, bien distribuidos sus efectos, podían ser tan perjudiciales como una epidemia de ellos.

Además, ¿qué le había ordenado el *kentrik* Tegar? No que realizara destrozos a tontas y a locas, sino más solapadamente. Su objetivo consistía en descorazonar a los terrestres en su carrera al espacio, convencerlos de que salir fuera de los límites de su atmósfera era algo que les estaba vedado.

—Lo ven muy fácil… desde lejos —murmuró—. ¿Cuántos años necesitaría un hombre solo para lograrlo?

Cada vez que se hacía aquella pregunta, cundía en él el descorazonamiento. Era una tarea imposible. Como máximo podría paralizar esta Base, quizá alguna otra si lograba hacerse trasladar a ella; incluso trabajando con paciencia conseguiría un puesto que le permitiera sabotear la estación—satélite y hacer abortar el proyectado viaje a Marte.

Pero no podía controlar a todo un mundo lanzado a conseguir una aspiración: el salto a las estrellas.

Y de nuevo le asaltaban las vacilaciones, las dudas que ya sintió aquel día mientras Tegar le explicaba su misión.

Para el Imperio sería fácil atajar a los terrestres en su carrera hacia el espacio. Disponiendo de armas y recursos sobrados, una simple flotilla de tres naves se bastaría para abatir, sin que fuera detectada su presencia, cualquier ingenio que se remontara más allá de la atmósfera. ¿Por qué, pues, encomendar a un solo agente, sin apenas medios, fuera de su cerebro, semejante misión cuya única consecuencia no podía ser sino el fracaso?

¡Porque había algo que él ignoraba! ¡Algo que imposibilitaba esta acción efectiva!

—¿No vienes a verlo salir, Nat?

Alzó la cabeza. Uno de sus compañeros de trabajo había asomado y señalaba hacia el exterior. Se puso en pie.

—Vamos. Ya ni me acordaba.

Dejó cuidadosamente ordenadas las herramientas y, al volverse para salir, vio que el otro le tendía un cigarrillo.

—Ya sabes que no fumo, Lester —negó.

—Alguna vez será la primera, hombre —insistió el otro—. ¿Quién sabe si, en tu otra vida, eras un fumador acérrimo?

—La doctora Morton dice que no es así. No hay el menor rastro de nicotina en mi cuerpo… ¡Hola, señor Aitken!

Gus pasaba en aquel momento hacia la salida y no dejó caer en saco roto lo que había escuchado. Para él, todo eran indicios.

—¡Buenas tardes, Nat! ¿Vas a ver salir a Mike Bayard? —no era coincidencia el que se encontrara allí en aquel memento. Puesto que no podía hacer otra cosa, se había impuesto la misión de observar a Nat por si sorprendía en él alguna reacción de culpabilidad cuando se produjera la catástrofe.

—Es la costumbre —sonrió el extraterrestre—. Siempre solemos salir, si no hay trabajo que lo impida. ¿Usted cree que ocurrirá alguna desgracia en este vuelo?

—No puede saberse, como comprenderás. Sin embargo, temo lo peor…

—¡Bah! —atajó Lester—. ¡Déjense de pensamientos lúgubres! ¿Por qué ha de repetirse otra vez lo mismo?

Y con ánimo de apartar de la mente de los otros tales ideas, preguntó a Nat:

—¿Has visto el tablón de anuncios? Van a convocar una oposición para mecánicos electricistas en la estación: tres plazas de americanos. Yo voy a presentarme. ¿Por qué no lo haces tú?

—¿Yo? No creo estar preparado…

—¡Tonterías! Todos dicen que, con esa cabeza que tienes y los libros que lees, hay pocos veteranos que te aventajen. Yo estoy seguro de que es así. ¡Preséntate, hombre! Te aseguro que vale la pena. Pagan espléndidamente.

—Pero subir allá arriba… —fingió dudar Nat, elevando la mirada a las alturas.

Habían llegado a la especie de terraza que les servía de observatorio. El trío se acodó en la balaustrada de hormigón, junto a otros hombres, más numerosos que en otras ocasiones a causa de la morbosa esperanza de ver cómo Mike Bayard se estrellaba contra las arenas del desierto.

Nadie hubiera admitido tal suposición. Sin embargo, en su fuero interno, casi todos esperaban ser testigos de una tragedia.

Una figura diminuta se introdujo en el ascensor de la torre

auxiliar, que rápidamente la elevó hasta el costado de la cabina: Mike Bayard penetró por la escotilla, cerrando a sus espaldas mientras la torre se apartaba.

Por el rabillo del ojo, Nat observó que la mirada de Gus Aitken estaba clavada en él, y un helado estremecimiento le corrió a lo largo de la columna vertebral: el policía le miraba con la fijeza del halcón observando a su presa.

Fingió no darse cuenta, pero su cerebro se puso a trabajar a marchas forzadas. ¿Sería simple casualidad, o Gus Aitken sospechaba de él alguna cosa en relación con los accidentes?

—¡Ya sale!

La alargada nave ascendió suavemente en medio de un mar de llamas y humo. Un minuto después había desaparecido en las alturas, sin que nada diera a entender que su vuelo no fuera a terminar como estaba previsto.

—¡Aguarda, Nat!

Fingiéndose sorprendido, Akhelon se volvió hacia el policía.

—¿Qué se le ofrece, señor Aitken?

—Nada de particular, desde luego. Sólo el deseo de charlar un poco contigo… si me lo permites.

—¡Claro que sí! Pero temo que sean bien escasos mis temas de conversación. Como sabe, mis recuerdos son bien recientes.

—Eres un tipo interesante, ¿no lo sabías? Según la doctora Morton, asimilas conocimientos con una facilidad que desconcierta.

—La doctora exagera un poco. Yo no le encuentro nada de particular a esa facultad. Quizá se trate, simplemente, de que mi cerebro está vacío de todo lo que se suele aprender a lo largo de la vida, y ahora encuentro sitio para todo en su interior.

—No dejas de tener sentido del humor, Nat. Dime: ¿crees que los dos últimos accidentes sólo son una simple coincidencia?

—¿Qué otra cosa podrían ser? Los muchachos han hablado mucho acerca de si serían sabotajes de los rusos; pero a mí me parece que no. Claro que no entiendo lo suficiente de política…

—No. No son los rusos, seguro. Sin embargo, cabría la posibilidad de que alguien quisiera impedir o retrasar nuestro progreso espacial. Una civilización ajena a la Tierra, quiero decir.

Nat sonrió como si le divirtiera aquella suposición.

—Temo que su fantasía le está jugando una mala pasada, señor

Aitken. O bien pretende gastarme una pequeña broma.

—Hablo en serio, Nat.

Éste vio la oportunidad de endosarle al policía el argumento que había empleado muchas veces en sus propias reflexiones sobre el tema:

—Una cosa así es inconcebible. Yo, en el lugar de esos seres hipotéticos de que habla usted, emplearía la fuerza de armas, que es lógico poseyeran si habían alcanzado el grado de cultura necesario para cruzar el espacio interestelar. ¿Qué objetivo podrían perseguir con la destrucción de dos simples cohetes de carga?

—Esa misma pregunta me he hecho yo. ¿No se te ocurre una respuesta?

—No. Salvo… —dibujó una sonrisa—. Ha estado usted a punto de convencerme de que hablábamos en serio.

—Yo lo hago —insistió Gus—. ¿Salvo, qué…? Ibas a decir algo.

—Salvo que no se tratara de la total civilización en bloque, sino de un pequeño grupo de sus miembros, con miras particulares ajenas al interés general del conjunto.

En aquel mismo instante tomó su decisión: no iba a hacer el juego a la camarilla del *kentrik* Tegar.

# CAPÍTULO VII

Era tarde. Akhelon había trabajado mucho últimamente. Más de lo que imaginaban los terrestres.

Con orgullo contempló el reducido cuarto que era su *sancta sanctorum*. Gus Aitken lo había registrado minuciosamente… según propia opinión. No encontró nada.

Y había mucho. Infinidad de aparatos eléctricos para cuyo montaje se necesitaba un microscopio y herramientas especiales que Akhelon tuvo que hacerse en su mayoría. Ocultos en los lugares más inverosímiles, disfrazados de otros objetos más vulgares y fácilmente transportables como equipaje personal, convertían la estancia en una especie de museo tecnológico del futuro… algo que los técnicos terrestres darían media vida por poseer, y estudiar.

Nat sonrió, regocijado, al recordar al policía. Gus sospechaba que él era quien provocó las catástrofes de los dos cohetes; sin embargo, no pudo reunir ninguna prueba y, aunque había llegado a montar una teoría que se asemejaba asombrosamente a la verdad, no pudo valerse de ella para formular una acusación seria. Solamente se permitió, en distintas ocasiones, lanzar insinuaciones más o menos directas; posiblemente con intención de pillarle en algún desliz.

Y ahora el pobre andaba desconcertado… y dudando seriamente de que jamás hubiera habido tales sabotajes. Seis meses habían transcurrido en completa calma. La nave destinada a Marte estaba casi concluida; Akhelon realizó sensacionales progresos en sus estudios, llegando incluso a *inventar* dos o tres cosillas interesantes. Y había ganado su plaza en la estación, con posibilidades de ascender todavía más, para formar entre los tripulantes del *Ares I*. En cuanto a esto, sólo tenía que proponérselo; nadie iba a disputarle la plaza con buenas posibilidades en una competición de conocimientos técnicos.

Desnudándose, se metió en la cama. Llevaba algún tiempo esperando algo… Algo que llegaría, precisamente, cuando él estuviera relajado y con la mente en reposo.

Quizá fuera esta misma noche. Como era inútil tratar de eludirlo, se dispuso a recibir de frente lo que llegara.

Estaba ya medio dormido cuando una súbita conmoción nerviosa, una especie de alarma inconsciente, le despertó por completo. Aquello cesó en el acto, y forzóse a un abandono completo para ponerse en óptimas condiciones de recepción. La visita estaba llegando.

Cerró los ojos; una especie de corriente eléctrica pareció circular por su cuerpo… y vio.

Su visitante era el propio Tegar, que mandaba la nave que le trajo a las proximidades de la Tierra.

Akhelon sabía que no eran sus cerrados ojos los que veían la imagen del *kentrik*, sino directamente el centro óptico de su corteza cerebral, activado a una especie de comunicación telepática.

—He llegado a creer que no podría localizarte, *bemioriano*.

—Porque lo has intentado cuando estaba despierto. Últimamente he trabajado mucho por las noches —replicó secamente.

En aquella clase de comunicación holgaban los tratamientos. No había nada que se pareciera a palabras, sino imágenes que cada mente descifraba directamente.

—¿Qué resultados has conseguido en todo este tiempo?

—Apenas ninguno. La tarea es difícil. Sin embargo, espero estar pronto en situación de hacer algo verdaderamente positivo.

—Es necesario actuar con rapidez —le apremió Tegar—. Hemos observado que los terrestres tienen en órbita una nave espacial grande, casi terminada. Espero que no permitirás que la lancen hacia su objetivo.

—Mi opinión es que no hay verdadera prisa. Su tecnología apenas les permite otra cosa que incipientes exploraciones por su Sistema Solar. Aun dejándolos solos, tardarán decenas de años, quizá siglos, en estar en condiciones de dar el salto hacia las estrellas más próximas.

—Tu opinión no cuenta. Tienes órdenes. Cúmplelas.

—Repito que no es fácil. Ya lo insinué cuando se me puso al corriente de esta misión: un hombre solo encuentra muchos inconvenientes para enfrentarse con un planeta entero.

—¿Pretendes insinuar que un agente del Imperio no puede atajar el camino a unos salvajes?

—Expongo mis limitaciones. Entiendo que hay otros medios mucho más efectivos.

—Resulta imposible utilizarlos. Motivos de orden interno…

—Creo conocerlos: las razas asociadas al Imperio no verían con buenos ojos que se zancadilleara a un posible futuro miembro de la Confederación… y quizá abrieran los ojos lo suficiente para ver con claridad que Kentral no está dispuesto a permitir que nadie le dispute la hegemonía. La Tierra quizá tratara de desbancarle en su monopolio de poder, porque su propio orgullo de raza le impide subordinarse a quien no le demuestre una clara superioridad. Y el poner la escuadra en acción equivaldría a dar publicidad a esos manejos…

—¡Estás cometiendo un grave delito de traición!

—Puedo permitirme ese lujo, ¿no crees, *kentrik*? Estoy en la Tierra. El sistema de Sol no depende del Imperio, y éste no puede intentar invadirlo por la fuerza; un ataque inmotivado derrumbaría la Confederación y, con ella, el mito de Kentral. Está terminantemente prohibido molestar a las razas inteligentes que ignoran la existencia del Imperio, o no desean unirse a él. Por tanto, ¿quien comete la traición? ¿Un simple agente *bemioriano*, que defiende los principios vigentes en toda la Galaxia, o ciertos miembros de la tribu *kentrik*, que tratan de vulnerarlos en beneficio propio?

Tegar se parecía más que nunca a un sapo en estos momentos. Conociendo las reacciones de su raza, Akhelon le sabía a punto de reventar de cólera; y, por unos instantes, el *kentrik* no supo qué decir.

Al cabo estalló:

—¡Regresarás inmediatamente! ¡Ahora!

—¿Cómo piensas forzarme, *kentrik*?

—Soy tu superior.

—Lo eras. Si fui un mercenario a las órdenes de Kentral, ¿quién puede impedirme que, ahora, me constituya en hijo de la Tierra?

Sus labios se curvaron en una sonrisa. Quizá el otro, que le veía, no interpretara bien aquel gesto al no serle familiar; posiblemente lo interpretó como expresión de un dolor agudo en la nuca… dolor que apenas se había insinuado, para desaparecer instantáneamente.

—¡Obedece, *bemioriano*! ¡Camina hasta el centro de la habitación en que te encuentras!

La sonrisa se hizo más amplia. Como si se hallara en estado de

trance, Akhelon se deslizó de la cama e hizo lo que el otro le pedía.

Nada ocurrió.

Retrocediendo hasta una butaca, el *bemioriano* se dejó caer en ella sin abandonar la burlona curvatura de sus labios.

—¿Satisfecho? ¡Por favor, tranquilízate un poco! Aquí, en la Tierra, se diría que estás a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Resígnate a comprender que tu transmisor de materia, ajustado a mis ondas cerebrales, no funciona. Lo he anulado, así como la *garra* que has lanzado para dominar mi mente. No tienes a tu disposición medio mecánico alguno de obligarme a hacer algo contra mi voluntad.

Pero el *kentrik* era rápido en sus reacciones. Akhelon le vio hacer una breve seña… y en pocos segundos se habían presentado, en el mismo lugar que él estuvo poco antes, dos gigantescos hombres—sapo.

Y éstos eran reales, de carne y hueso.

—Mucho honor, mis señores —musitó, abalanzándose contra ellos sin darles tiempo a orientarse.

Eran fuertes, pero no acostumbrados al castigo físico. Las fofas carnes del primero cedieron como gelatina bajo su puño, que se hundió casi hasta el codo en el voluminoso cuello, y la víctima salió disparada hacia atrás.

Lo malo era que tampoco sus piernas eran demasiado ágiles y no supieron mantener el ritmo del retroceso. El *kentrik* rodó como una pelota, lanzando entrecortados gruñidos de dolor y rabia hasta quedar en un rincón, humillado y en dificultades para liberar sus extremidades inferiores que, inexplicablemente, habían quedado encima de su cabeza.

Era la primera vez en la historia que el miembro de una raza subordinada osaba poner la mano encima a un intocable *kentrik*. Y el mutuo contacto no resultó agradable para ninguno de los dos.

Akhelon experimentó la misma repugnancia instintiva que un terrestre siente al tocar un reptil.

Sin embargo, no era el momento apropiado para pararse en tan ínfimos detalles. Revolviéndose con la agilidad de un felino, atrapó al otro enemigo por una muñeca, practicó un velocísimo giro, y el otro, obligado a salvar sus articulaciones de una dolorosa fractura, se desplomó de espaldas contra la huesuda rodilla del *bemioriano*.

Éste se irguió con una desdeñosa sonrisa. ¡Aquellos rechonchos individuos pretendían controlar la Galaxia! Allí estaban, tendidos a sus pies, humillados…

Dio un prodigioso salto para esquivar la descarga de energía que le lanzaba el primer *kentrik* desde el rincón donde había caído. Un pesado pisapapeles quedó al alcance de su mano y, sin dudarlo un segundo, lo lanzó hacia su enemigo.

Esta vez, el hombre—sapo quedó, definitivamente, fuera de combate.

Pero la lucha no había finalizado todavía. El segundo adversario sacaba una pistola semejante a la utilizada por el otro, y Akhelon tuvo que aferrarse a ella para desviar su puntería. Ambos forcejearon por la posesión del arma, y el *kentrik*, escarmentado por las dotes de buen luchador exhibidas antes por el *bemioriano*, utilizó su mayor envergadura para derrumbarse sobre él.

Akhelon sintió que le faltaba el aliento cuando aquella masa casi amorfa, de flojas carnes y grasas, se derramó sobre su rostro. Tuvo que volver la cabeza para liberar su boca y nariz de aquella especie de mordaza, y el otro, dominando momentáneamente la situación, se alzó sobre sus brazos. La enorme mole mantenía al *bemioriano* pegado contra el suelo, impidiéndole casi todo movimiento.

La mano armada, todavía asida por la de Akhelon, se separó del pavimento. Los dedos del hombre se habían hundido en la blanda piel del *kentrik* y presionaban con fuerza brutal en sus músculos y tendones, casi privándole de energía para sostener la pistola, pero el forcejeo había llegado a un punto muerto en que ninguno de los dos adversarios lograba una ventaja suficiente para inclinar la victoria a su favor.

Akhelon soltó su presa de repente, confiando en que el otro tardaría una décima de segundo en recobrar el uso del casi paralizado brazo. Era el tiempo que necesitaba él para descargar el puño así liberado contra la cara del *kentrik*, quien cayó de lado, casi a los pies de un tercer compañero de raza que acababa de materializarse en la habitación para auxiliar a los dos que con tantas dificultades se encontraban para reducir a un mísero *bemioriano*.

La pistola de energía quedó al alcance de Akhelon, todavía impedido de moverse con agilidad a causa de hallarse la parte

inferior de su cuerpo apresada bajo el inconsciente *kentrik*. Fue cuestión de un segundo empuñar el arma y oprimir el disparador.

El último adversario llegado se derrumbó con los centros nerviosos paralizados.

Echándose atrás, el *bemioriano* apuntó con el arma a sus enemigos, a la vez que dirigía una irónica sonrisa a la furibunda imagen de Tegar.

—La leyenda de la superioridad *kentrik* se derrumba —murmuró alegremente—. He aquí que un simple mercenario extranjero, procedente de una de las razas más inferiores del Imperio, es bocado demasiado duro para los semidioses.

—Mides mal la fuerza de Kentral, *bemioriano* —afirmó Tegar—. Tendrás ocasión dé maldecir la hora en que se te ocurrió desafiarnos.

—Es posible. Como también lo es que seáis vosotros quien maldigáis del momento en que se os ocurrió la peregrina idea de enviarme a un lugar donde mis ojos podían ser abiertos a la realidad de los manejos de cierto grupo *kentrik*.

Tegar guardó silencio unos instantes, mientras reflexionaba sobre la amenaza que acababa de escuchar.

—¿Así que, definitivamente, te colocas al lado de los enemigos del Imperio?

—Sabes, corno yo, que no lo son. Incluso ignoran su existencia. Pienso limitarme a defender a la Tierra de vuestros abusos. ¿Por qué no enviáis una flota? —le desafió.

No tenía el *kentrik* una respuesta para aquella pregunta, de modo que optó por guardar silencio mientras contemplaba los cuerpos de sus tres subordinados, uno de los cuales, el que más trabajo diera a Akhelon, comenzaba a rebullir.

El *bemioriano* tampoco los perdía de vista. Cuando el otro estuvo en condiciones de entender lo que le dijera, habló secamente:

—Toma a tus compañeros y llévatelos por donde habéis venido. No quiero basura en mi habitación.

Una mirada de reconcentrado odio por parte del hombre—sapo fue toda la respuesta que obtuvo. El vencido arrastró a los otros dos hasta el lugar donde estaba enfocado el rayo transportador, y en breves segundos habían desaparecido los tres.

—¡No será la última vez que tengas noticias nuestras, traidor! —

barbotó Tegar.

—No me queda la menor duda. Pero mira lo que haces, porque conozco todas las armas que podéis utilizar contra mí… y estoy prevenido. Sabes que dispongo de defensas, o de lo contrario me habrías vencido. La próxima vez no me limitaré a inutilizar a los esbirros que me envíes: devolveré el golpe… y no pienso detenerme por una muerte más o menos. ¡Adiós!

Lanzó una carcajada cuando, simultáneamente con su última palabra, se esfumó de la habitación la imagen del *kentrik*. Esto debió ser una sorpresa para Tegar, ya que no había sido por su voluntad el que la comunicación quedara interrumpida: otro de los artilugios de Akhelon acababa de intervenir, aislando el interior de la habitación contra todo intento de penetrar su intimidad por parte de los secuaces del Imperio Galáctico.

Seguro de que no iban a poder molestarle, Akhelon volvió a meterse en la cama. Pero no se durmió en el acto. Había logrado grandes ventajas a costa de un riesgo no pequeño…, y Tegar, como había dicho, no iba a darse por vencido con una sola derrota.

Era una lástima, pensó, que los *kentrik* poseyeran un medio magnífico para localizarle cuando lo creyesen oportuno: sus ondas cerebrales eran inocultables y, guiado por ellas, Tegar podía enviar a sus proximidades cuantas trampas, animadas o mecánicas, se le ocurriesen, y Akhelon no podía descuidar la vigilancia ni un solo segundo.

Mientras permaneciera en su habitación no había peligro alguno: tendrían que volar el edificio para causarle algún daño a él. Pero esta seguridad absoluta cesaba en cuanto saliera, ya que no podía transportar sobre su persona más que unas defensas elementales. Fuera, sería algo más vulnerable, aunque no quedaba indefenso, ni mucho menos.

Pero había logrado algo de mucho interés: casi lo único que, en realidad, le animó a correr el riesgo de una comunicación y permitir que los *kentrik* se trasladaran a su propio feudo: por el mismo medio utilizado por Tegar para comunicarse con él, había logrado captar su impresión cerebral. Ahora le era dable localizar al enemigo cuando lo tuviera por conveniente, contraatacar y causarle daños y zozobras.

Mañana, se dijo, pondría manos a la obra para instalar la

máquina capaz de trasladarle a cualquier parte del Sistema Solar donde estuviera Tegar, el *kentrik*. Aquello era, francamente, la guerra de un Imperio de poder casi infinito contra un solo individuo.

# CAPÍTULO VIII

Colgó el receptor de su teléfono después de murmurar un *gracias, compañero*, y dio un vistazo, como tenía por costumbre, al pequeño cuarto que le servía de taller y aposento.

Todo estaba en orden.

Nat se encontraba prestando servicio en la estación—satélite desde unos días atrás. Ahora llegaba Jeff Dayton pilotando un cohete de carga, y se dispuso a salir a su encuentro.

La estación tenía la forma de un neumático, unidos sus bordes por varios gruesos radios a la parte central. Caminó por el pasillo, de extraño aspecto con su eterna pendiente, hasta llegar a un ascensor que le permitiría atravesar longitudinalmente uno de los radios, y penetró en él.

Al llegar arriba había desaparecido casi por completo la gravedad artificial creada por la rotación del conjunto. Se puso unos zapatos de suela imantada y esperó junto a la escotilla que daba acceso a la cámara de presión.

Por un ventanillo le era dado contemplar el exterior. Vio cómo la esbelta nave se acercaba lentamente hasta quedar aparcada muy próxima a la estación. En el acto se abrió la pequeña compuerta de la cabina del piloto y éste se deslizó fuera, desapareciendo de su vista.

Una luz roja se encendía al cabo de unos instantes encima de la puerta de la cámara, indicando que alguien la había abierto desde el exterior. Cuando estuvo restablecida la presión, la luz cambió a verde, y segundos después irrumpía la pesada silueta de un hombre, ataviado con la escafandra y traje protectores.

Nat se guardó muy mucho de acercársele. El aire se congelaba al contacto con la baja temperatura de la parte exterior del traje, formando una blanca escarcha. Jeff permaneció algún tiempo a un lado, inmóvil, mientras recibía una ducha de aire cálido; luego, pasado el posible peligro de quemaduras *frías*, tanto o más graves que las del propio fuego, se desprendió del pesado equipo con la ayuda de su amigo.

Entonces se cruzaron entre ellos los abrazos propios de quienes han estado rabiando por verse durante cierto período de tiempo.

—¿Cómo te va por aquí, *empollón*? —preguntó el piloto.

—Trabajando. Hay mucho que hacer… ¿Y allá abajo? ¿Qué novedades hay?

—Pocas, pero buenas —sonrió Jeff—. Os he traído las primeras piezas para el montaje de los motores, y éste es mi último vuelo como chófer de camión.

—¿Y eso…? —inquirió Nat, frunciendo el ceño interrogativamente.

—Me destinan a la estación, también. ¡Muchacho, esto va a adelantar a toda marcha! Quieren que ayude en el montaje, para percatarme bien de cómo funciona todo el *Ares*.

Se le veía entusiasmado de veras. Akhelon se alegró por él.

—Entonces, trabajaremos juntos… ¿Cuándo empiezas?

—Dentro de unos días. He de traer unos pasajeros en el próximo viaje. Mike Bayard los llevará de regreso y yo permaneceré aquí.

—¿Pasajeros? ¿Alguna comisión, o cosa parecida?

—Sí —Jeff rió sonoramente mientras se introducían en el ascensor—. Un par de congresistas, dos o tres generales… y varios turistas que han tenido la suficiente influencia para pasar aquí tres días de vacaciones: el comandante Crowley, Betsy, Steve y Elmer, entre ellos.

—¡No!

Fue espontánea la exclamación de Nat. Su compañero le miró, sorprendido.

—¿No? ¿Por qué no han de subir? ¿Acaso no te alegrarás de ver a unos viejos amigos?

—Mucho. Pero preferiría ser yo quien bajara. Los vuelos no son todavía lo suficiente seguros para…

—… para ¿qué? ¡Bah, tonterías! Resultan tan poco arriesgados como una excursión en automóvil por la mejor autopista —rechazó el piloto, indignado de que se pusiera en duda aquello que le atañía tan directamente.

—De todas formas, Jeff. No me agrada que vengan por aquí.

Dayton entornó los ojos en gesto entre indignado y burlón.

—Me temo que eso es miedo…

—¿Miedo? —Nat se sobresaltó, como un chico pillado en alguna pequeña diablura—. ¿De qué… o de quien había de tenerlo? Es, solamente, eso: que no me parece…

Jeff salió el primero de la pequeña jaula del ascensor. Con una sarcástica risita observó cómo su compañero cerraba las puertas a su espalda.

—Tienes miedo a la doctora Morton. En otras palabras: estás *colado* por ella.

Aunque ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello cuando expresó su oposición, Nat se dijo que quizá su amigo acertaba… en un diez por ciento, aproximadamente, de sus motivos. Desde luego que Betsy Morton le atraía, aunque nunca pasó por su imaginación que pudiera llegar a enamorarse de una terrestre. Ahora que el otro había sugerido tal posibilidad, veía que bien pudiera ser así.

Dejó que Jeff lo creyera. Resultaba más sencilla aquella explicación que decirle la pura verdad. ¿De qué forma iba a convencerle de que, verdaderamente, y dejando al margen la mayor o menor seguridad de los cohetes transbordadores, había peligro para todo el que se acercara a la estación—satélite? ¿Como decirle a Dayton que Tegar, visto el fracaso de su agente… y, por ende, el propio, proyectaba intervenir por sí mismo, teniendo como primer objetivo la destrucción del satélite y, con él, del *Ares I*?

El piloto tenía que hacer entrega de su hoja de ruta, con el inventario de lo transportado, al comandante Shieffeld. Conviniendo verse más tarde, ambos amigos se despidieron. Nat tenía trabajo también.

Como si hubiera estado esperándole, apenas hubo cerrado a sus espaldas la puerta de su camarote—taller, Nat vio cómo aparecía ante él la imagen proyectada del *kentrik*.

Era la primera vez que establecían contacto desde aquel día en la Base, en que tan malparados salieron los secuaces de Tegar.

—¿Qué buscas ahora? —preguntó abruptamente, sin fingir siquiera la más protocolaria sumisión.

Los ojillos del *kentrik* centellearon peligrosamente. Era lo único que podía hacer.

—Advertirte solamente, *bemioriano*. Has optado por enfrentarte a nosotros —Akhelon observó que no decía *al Imperio*—, y eso puede ser más peligroso para ti de lo que supones.

—Espero que no habréis encontrado nada más peligroso que la muerte —replicó burlón—. A ésa ya me he resignado, si no tengo otra salida.

—No será una muerte fácil… y puede ir acompañada de la de ciertos… seres por los que, al parecer, experimentas alguna simpatía. Tal vez ésta te resulte menos tolerable que la tuya propia.

—Entiendo que eso es una amenaza —Nat, que ya sospechaba que era vigilado continuamente, vio confirmada esta suposición: los *kentrik* habían sorprendido su reciente conversación con Jeff Dayton —. ¡Adelante, pues!

—¿Persistes en tu reto… sin tener en cuenta nuestra superioridad? —se asombró el otro.

—Tendréis que demostrármela primero. No es al Imperio a quien desafío: sería loco en hacerlo. Es a ti, que por toda fuerza cuentas con una pequeña nave de exploración. Muéstrame un Decreto Imperial ordenando que sea destruido el sistema entero de Sol, y llevaré a cabo la orden sin vacilar… y contra todo riesgo. Pero no lograrás nunca que mueva un solo dedo en perjuicio de unas gentes cuyo único delito ha consistido en ser lo suficiente fuertes, en potencia, para hacer sombra a la gran raza *kentrik* si llegan a expandirse por la Galaxia… aunque no supongan un peligro real y efectivo contra nadie.

—¡Soy tu superior! ¡Debes obedecerme! —bramó Tegar, echando espumarajos por su enorme boca.

—El hacerlo supondría una traición al Imperio. Llévala a cabo tú solo… si puedes.

Al igual que la vez anterior, Nat cortó súbitamente la comunicación mecánico—mental que le enlazaba con el *kentrik*, tendiendo una cortina obstructora. Luego, decidido a pasar al inmediato contraataque, extrajo de un cajón varias piezas de complicadísima maquinaria, cuyo montaje le había costado innumerables horas robadas al sueño.

Las ensambló, conectándolas entre sí por medio de cables aislados y delgadas varillas de cristal hasta formar una especie de marco. Luego reforzó aquello con un armazón metálico, también desmontable y, por último, insertó en la parte baja algo que se asemejaba remotamente a una de las antiguas válvulas de radio.

Esto último era la pieza más valiosa de todas: en su interior llevaba grabada la frecuencia de ondas cerebrales de Tegar, que Nat captara en su anterior conversación con él, y el conjunto le permitiría hallarle sin la menor vacilación cuando lo deseara.

Se trataba de un aparato semejante al que los *kentrik* empleaban para traer su imagen ante él, e incluso transportarse a sí mismos si lo deseaban.

Sin embargo, éste era más bien burdo y de escasa potencia. Solo podía ser utilizado, tal como estaba ahora, para espiar de la misma forma que los otros lo hacían con él.

Realizó las conexiones adecuadas, con el secreto temor de que algo fuera mal. Pero no: en el espacio que quedaba en el centro del marco aparecieron las vagas siluetas de tres *kentrik* diminutos, como vistos a través de un catalejo invertido.

Tegar hablaba con el lento y como balbuciente idioma de su raza, que semejaba más bien la charla de alguien con la boca llena de algodón. Sin embargo, Akhelon era capaz de entender la difícil vocalización de los hombres—sapo, hazaña no muy sencilla para los no iniciados.

—… actuar por nuestra cuenta.

—Puede ser peligroso, señor —interpuso uno de sus subordinados, en quien el *bemioriano* reconoció a una de sus víctimas en la pelea de algún tiempo atrás.

—Lo sé. Siempre es peligrosa una acción así… sobre todo cuando, oficialmente, actuamos por nuestra cuenta. Pero las órdenes han de ser llevadas a cabo. Yo estaba seguro de que el *bemioriano* había dicho su última palabra, y solo vuestra insistencia me ha obligado a humillarme ante él.

—¡Es imperdonable su actitud! ¡Debe haber enloquecido!

Tegar miró duramente al que hablara.

—¡Nada de eso! Simplemente, se ha contagiado del insensato orgullo que caracteriza a las gentes de este sistema. ¿Comprendéis por qué hemos de atajarles, por cualquier medio?

—Efectivamente, serían peligrosos —convino el primero—. No podemos medirnos con ellos en agilidad mental… aunque nuestra inteligencia sea mayor.

El jefe del grupo estaba irritado hasta el extremo, y no admitía paños calientes para la situación.

—Acabas de decir una idiotez… y lo sabes perfectamente. Nos aventajan en todos los terrenos, sin excepción alguna. Es una raza más joven que la nuestra, mas activa, más enérgica, y su inteligencia no admite parangón con la nuestra. Kentral se halla en

el límite de su expansión… de su crecimiento pudiéramos decir; ellos, en cambio, acaban de nacer. No hay límite imaginable para su desarrollo.

—Y son rápidos —aportó por su cuenta el otro—. En quinientas generaciones, o poco más, han salido del estado de completo salvajismo, de la vida casi animal, para dar sus primeros pasos hacia las estrellas.

—Tú lo has dicho —Tegar hizo un gesto con sus grandes manos de cortos dedos—. ¿Imagináis lo que habrán podido hacer, al ritmo geométrico que progresan, en diez generaciones más?

—Es imprescindible detenerles. Sin embargo, no veo cómo se pensó jamás que el *bemioriano,* aun con toda la voluntad sumada a la indudable inteligencia que posee, pudiera lograrlo él solo.

—Fue un error —admitió Tegar—, hijo de la precipitación con que se había decidido actuar. Por esto hemos regresado nosotros: para prestarle nuestra ayuda, si la necesitaba. Él ya insinuó algo. Tal vez…

Miró intranquilo a su alrededor, como si temiera que oídos indiscretos estuvieran escuchando. Recordando que solamente *kentrik* componían la dotación de la pequeña nave, y que se hallaban posados sobre un solitario satélite inhabitado de uno de los planetas exteriores, se decidió a hablar con franqueza.

—Tal vez si le hubiéramos hecho caso no se habría descorazonado… La falta de su concurso nos ocasionará dificultades. ¿Imagináis lo efectivo que podría ser cuando nosotros le proporcionáramos elementos de destrucción, aparecidos súbitamente en el aire?…

Una vez más se detuvo, ahora soñando un poco. La realidad le despertó, obligándole a golpear fuertemente un puño contra otro.

—¡Pero no! ¡Ha tenido que convertirse en traidor… y sabe demasiado! ¡Lo primero ha de ser eliminarle a él!

—¿Tienes alguna idea?

—Varias. Pero he de madurarlas. Ya os comunicaré por cual me decido…

—Conviene hacerlo rápidamente. Al parecer, hasta ahora se ha limitado a no actuar; pero pudiera darse el caso de que decidiera comunicar a los terrícolas sus conocimientos técnicos… y entonces nadie seria capaz de detenerles.

—Afortunadamente ignora el funcionamiento de los motores hiperespaciales —se consoló Tegar—. Hemos hecho bien en guardar ese secreto para nosotros solos… y prohibir todo estudio que pudiera llevar a un descubrimiento accidental. Haga lo que haga, no podrá sacarlos del sistema.

Akhelon desconectó su aparato. No había averiguado gran cosa, excepto confirmar lo que ya imaginaba. En adelante, debía guardarse muy mucho de cometer cualquier error, pues en ello le iba la vida y el éxito de la misión que se había impuesto:

Servir a la Tierra y defenderla de aquellos que pretendían esclavizar al hombre, condenándolo a permanecer encerrado en la prisión de su planeta nativo.

Rápidamente desconectó el comunicador, guardando sus piezas. Luego, tomando un pequeño alternador que necesitaba reparación, la llevó a cabo con toda celeridad y salió de la cabina para reinstalarlo en el lugar a que pertenecía.

Estaba trazando rápidamente sus proyectos defensivos. En realidad, tenía instalados, por distintas partes de la estación y la astronave que se estaba construyendo, varios aparatos disimulados en otros cuya conservación le estaba encomendada. Accionados en el momento oportuno podían proporcionar desagradables sorpresas a los *kentrik*.

Y aquel día hizo muchas visitas a su departamento, cuidando de no llevar nunca en las manos cosa alguna que hiciera sospechar a sus enemigos, si le vigilaban, lo que estaba haciendo.

# CAPÍTULO IX

Encerrado una vez más en su cabina, Akhelon permanecía con la mirada fija en el espectáculo ofrecido por la extraña pantalla de su visor.

No se trataba, como otras veces, del desolado panorama de Ío, el satélite de Júpiter convertido por Tegar en su cuartel general. Ante sus ojos se extendía el piso de cemento de la base en pleno desierto de Nuevo Méjico, y caminando por él, en dirección al esbelto minarete metálico, un grupo de varias personas ataviadas con los ya clásicos trajes anti—G y corazas de protección contra el vacío.

Mike Bayard marchaba en cabeza de la expedición. Él sería el piloto, y Jeff Dayton únicamente un pasajero más. Nat reconoció perfectamente a Elmer Fall y las muchachas, así como a Crowley, y se entretuvo en admirar las impecables facciones de Betsy Morton sin temor alguno a que nadie sorprendiera su interés.

Todos parecían contentos y emocionados con la aventura que iban a emprender. Únicamente los dos pilotos y el comandante, más veteranos, tomaban aquello como cosa natural. Betsy reía, quizá un poco nerviosa, ante una observación de Jeff, alzando luego la cabeza hacia el brillante cielo, como si pretendiera descubrir el rastro de la estación—satélite.

Acometido de un súbito pensamiento, Akhelon desconectó la onda cerebral de Jeff que le permitía aquella observación, y cambió hacia la de Tegar. El *kentrik* estaba sentado ante el tablero de controles de su pequeño aparato explorador, y hablaba con alguien.

—… que salgan de la atmósfera. Actúa entonces.

Con gran sobresalto se hizo la luz en él. ¡Tegar estaba comunicando con alguien que se disponía a atacar el cohete en que viajarían sus amigos! Ansiosamente, escuchó la respuesta del otro.

—No sé si llegaré a tiempo, señor.

—Has de hacerlo. En ese aparato viajan los amigos del *bemioriano*. Será un golpe para él… del que no se recobrará con tiempo para evitar su propio fin.

Nat permaneció un rato más, observando, sin obtener indicio alguno de lo que proyectaban hacer los otros. Probablemente no un ataque con armas que pudieran ser reconocidas como tales; lo más

seguro sería que simularan un accidente de alguna especie.

De vez en cuando echaba un vistazo a Jeff Dayton y sus acompañantes. Vio cómo todos se acomodaban en una cabina preparada en el departamento de carga. Elmer Fall, disimuladamente, cruzó los dedos para desearse suerte.

Luego vino el despegue.

—He llegado a su altura, señor. Hay un cohete que sale en estos momentos —comunicó el que debía atacarles.

—Son ellos, sin duda —Tegar no podía verlos como Nat—. Pero aguarda a estar seguro. Pudiera ser, simplemente, un vuelo de prueba.

Otro *kentrik* penetró en la sala de control y tomó asiento en un sillón de tripulante. No pronunció palabra, limitándose a observar en silencio. Tegar le ordenó:

—Echa un vistazo al *bemioriano*.

Nat rió entre dientes, viendo los inútiles esfuerzos del otro, que por fin se volvió hacia su jefe.

—No consigo encontrarle, señor. Debe de estar en esa habitación protegida que tiene.

—Mientras esté allí, no puede hacer nada —dictaminó Tegar—. Está aislado por completo.

Otra vez rió Nat. El *kentrik* ignoraba que un hombre ingenioso podía salvar ciertos obstáculos con relativa facilidad.

—Han salido de la atmósfera —comunicó el vigía.

—No te acerques. Mantén la distancia para evitar ser detectado desde tierra o el satélite… —hizo una pausa—. ¡Ahora!

Nat cambió de nuevo al cohete. No ocurría nada, al parecer… ¡Sí! ¡Ahora habían dejado de funcionar las luces!

Instantáneamente adivinó lo que habían hecho los *kentrik*. Un rayo inhibidor que impedía el paso de las corrientes eléctricas había sido asestado sobre la nave.

Y todavía más rápida fue su reacción. De un salto estuvo en pie; vaciló un segundo solamente para decidir su línea de conducta, y empezó a sacar libros de los estantes que se alineaban a lo largo de las paredes.

Colocó uno de ellos en un lugar distinto al que ocupaba antes; luego, otros dos quedaron dispuestos en forma distinta, y le sobró el último entre las manos.

Rápidamente arrancó las cubiertas para sacar una pequeña pieza metálica poco mayor que una uña, que permanecía oculta bajo la encuadernación. Con ella en la mano volvió a acercarse a su *fonovisor* y la arrojó al centro del cuadrilátero.

En breves segundos habían vuelto a encenderse las luces.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Steve.

—No lo sé, pequeña —repuso Jeff. No estaba tranquilo, ni mucho menos, aunque procuraba disimularlo—. Quizá Mike ha tenido necesidad de hacerlo.

Pero sabía que no. Nat tuvo curiosidad por ver el efecto que a los *kentrik* les había producido el fracaso de su ataque.

—¿Cómo es posible? —aullaba Tegar en estos momentos.

—Es cierto, señor —afirmó el explorador—. Debe haber alguna avería en los detectores, pues no tengo medio de encontrar el cohete. ¿Me aproximo un poco más?

—¡No! ¡Podrían descubrirte! Conecta el visual y dirige manualmente los rayos.

—Será imposible mantener la puntería a esta distancia... —protestó el subordinado.

—Lo sé. Pero también tendrán dificultades en conseguir lo que se proponen. Con un poco de suerte, quizá... —giró hacia el otro que estaba con él—. ¿Has logrado encontrar al *bemioriano*?

—No, señor. Aunque... ocurre algo extraño. Ahora se puede penetrar en parte de la habitación; hay, sin embargo, un lado que continúa protegido.

—Alguna pequeña avería. Quizá más adelante pueda servirnos de algo si no se da cuenta.

Nat reintegró su conexión con el cohete. Le interesaba en estos momentos mucho más lo que les ocurría a sus amigos que lo que proyectaban hacer los *kentrik*.

Mike Bayard estaba en dificultades. El diabólico francotirador que asestaba su arma sobre el cohete gozaba de una puntería fantástica, pues cada pocos segundos conseguía provocar un corte en la corriente eléctrica, interrumpiendo el funcionamiento de los mandos y la comunicación por radio.

El antiguo mercenario de Kentral no podía hacer más en su ayuda. Ya era bastante que hubiera neutralizado las ondas de los detectores con las de su propio aparato. Jeff, comprendiendo que

ocurría algo serio, se desprendió de su cinturón de seguridad para dirigirse a la escotilla que comunicaba el departamento de los pasajeros con la cabina del piloto.

—Voy a darle una lección a Mike. ¿Estará borracho?

Pero se trataba únicamente de una broma. Dayton estaba preocupado… y también Crowley. Los demás procuraban confiar en la palabra de los técnicos.

Jeff se acurrucó en el angosto espacio que quedaba detrás de su compañero de profesión.

—¿No te parece que, para broma, ya está bien, Mike? Las chicas están asustadas.

El otro volvió hacia él un rostro, blanco por completo.

—¿Crees… que yo… lo estoy menos? Esto no funciona, Jeff. No hay modo de controlar… ¡Nos estrellaremos!

Jeff reflexionó un poco. A su compañero no le faltaba apenas nada para dejarse dominar por los nervios… y entonces sí estarla todo perdido.

—Cédeme el sitio —pidió.

—¡No! —rechazó el otro—. ¡Es mi cohete! ¡Lo llevaré yo, o me haré pedazos con él!

—Hazme caso, Mike —insistió suavemente, como quien trata de convencer a un niño—. Yo puedo arreglar eso en un santiamén.

Sabía que era tan incapaz como Bayard de arreglar lo que fuese, porque, en primer lugar, ignoraba de qué se trataba. Tero, al menos, conservaba el dominio de sí mismo, cosa muy importante en la presente situación.

—¡He dicho que no! ¡Soy el comandante de la nave y te ordeno que regreses a tu puesto, Jeff!

Su rostro se había coloreado ligeramente, mientras las lágrimas pugnaban por asomarle a los ojos. De un momento a otro se derrumbaría, pensó Jeff, y entonces cualquier catástrofe era posible: un hombre con los nervios destrozares es capaz de abrir la puerta de la carlinga y lanzarse al espacio, o dedicarse a romper cuanto estuviera a su alcance.

—Está bien —fingió acceder—. Buen aterrizaje, capitán.

Retrocedió, pero solo lo suficiente para hacer una seña al comandante Crowley. Cuando éste estuvo a su lado, le habló rápidamente y en voz baja; luego regresó al lado de Bayard.

—Mike, te están temblando las manos. Déjame que te releve un segundo mientras te tranquilizas un poco.

—¡Maldito entrometido! —acometido de súbita furia, el piloto se revolvió con el puño en alto—. ¡Te voy a enseñar lo que…!

Jeff paró el golpe, si bien la falta de gravedad y su precario equilibrio le obligaron a retroceder contra uno de los metálicos mamparos. El lugar era estrecho y lo más inadecuado posible para una pelea a puñetazos; además, eran varias vidas las que estaban en juego, y no vaciló en recurrir a trucos poco dignos de un caballero.

Su mano se desplazó rápidamente para cerrar la llave de paso del oxígeno a la escafandra de Mike. Seguidamente descargó el puño sobro el estómago de su compañero, sabiendo que bien poco daño podía hacerle, y trató de sujetarlo con un abrazo de oso.

Bayard se debatió furiosamente, pateando y gritando maldiciones. Pero sólo unos instantes. Luego comenzó a hacerse sentir la falta de aire en sus pulmones; jadeó, mientras Jeff maldecía la escafandra que imposibilitaba un buen puñetazo en el mentón y, finalmente, quedó casi inmóvil, perdidas las fuerzas por completo, y asfixiándose.

—¡Rápido, comandante! —aulló Jeff—. ¡Sácalo de aquí como puedas! ¡Cuando lo tengas bien atado, ábrele la espita del aire o tendrás que buscarle un sustituto!

Ocupó el asiento del desvanecido piloto. Las luces seguían parpadeando a intervalos irregulares. Introdujo las clavijas de sus auriculares en los orificios correspondientes, y lanzó una llamada.

—¡Estación! ¡Estación! —la última palabra no había salido completa por la antena, a causa de un nueve apagón.

—¡… a Dios! ¿Qué os ocurre, Mike?

—Soy Jeff… —aguardó—. Mike está indispuesto. ¿Sabéis vosotros lo que pasa?

—Ni idea. ¿Quieres que llame a Nat? Quizá él tenga una solución.

—No, déjale. Creo que podremos arreglarnos… si la cosa no empeora. Dame datos.

El otro se los facilitó. El curso era levemente errático por causa del irregular flujo de combustible a los motores.

—Creo que lo conseguiré —afirmó Jeff—. Primer impulso, ¡va!

Sin tener en cuenta las tres interrupciones que siguieron, el

veterano piloto condujo la nave hasta una órbita muy semejante a la de la estación. No obstante, la distancia era enorme, del orden de varios cientos de kilómetros, cuando hubo consumido el combustible calculado para el viaje de ida.

Crowley le miró preocupado.

—¿Va… muy mal, Jeff?

—No puede decirse que todo esté perdido —replicó con una optimista sonrisa… que el otro dudó mucho reflejara su verdadero estado de ánimo—. En estos momentos nos encontramos en el punto exacto en que conviene decidir qué se hace: si regresar o seguir adelante.

—A ti ¿qué te parece mejor?

Se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Tenemos el combustible absolutamente preciso para hacer una de las dos cosas… supuesto que todo marchara bien. Pero estos inexplicables fallos son una verdadera incógnita. ¿Imaginas lo que sería una caída, en el supuesto de que no pudiéramos poner los motores en marcha en el momento oportuno?

—*Requiescat in pacem* —murmuró el comandante significativamente—. La elección no es dudosa, pues.

—Siempre en el caso de que no agotemos el *jugo* en maniobras de acercamiento.

—Inténtalo. En último extremo quedaremos lo bastante cerca para que, con más o menos dificultades, nos presten alguna ayuda desde la estación.

—Okey —asintió Jeff—. Vuelve con los demás: están muy necesitados de consuelo.

Crowley desapareció por la escotilla. Realmente los pasajeros no estaban muy asustados… quizá porque ignoraban la verdadera situación. Atado a uno de los asientos aparecía Mike Bayard.

Respiraba dificultosamente, y el comandante se volvió hacia Elmer Fall.

—¿Le habéis devuelto el aire, Elmer?

—Sí. Pero ha sufrido un choque terrible. No sé…

—Crees que habrá que darle de baja en el servicio, ¿no?

Había cierta amargura en la voz del comandante. Apreciaba a todos sus muchachos como hijos.

—Eso temo. Últimamente eludía los exámenes médicos de un modo sistemático.

—Has debido comunicármelo —le reprochó Crowley.

—Todos lo hacen —trató de disculparse el médico—. No me llamó demasiado la atención. ¿Qué ocurre por ahí fuera?

—Nada… —eludió—. Un pequeño cortocircuito, que Jeff ha arreglado de forma provisional. Pero el pobre Mike estaba sobre ascuas y una minucia así, que normalmente no le hubiera importado, ha sido suficiente para vencerle.

Jeff Dayton, a solas en la carlinga, escrutó cuidadosamente de uno en uno los indicadores. Y por centésima vez no pudo hallar el motivo de aquella extraordinaria avería: todo funcionaba correctamente, excepción hecha de cuando, por breves segundos, quedaban a cero todos los mecanismos más o menos relacionados con la electricidad.

—¡Estación! —llamó. La respuesta fue instantánea, indicando que desde allí permanecían a la escucha—. Coordenadas de nuestra posición actual.

Las obtuvo en el acto. El telegrafista trabajaba en equipo con un localizador de radar y un matemático que iba realzando los cálculos ininterrumpidamente.

Mientras, Akhelon se veía forzado a observar invisible los apuros por que pasaban sus amigos. Afortunadamente, Jeff parecía entendérselas bastante bien con la rebelde máquina, y un peligro inmediato de catástrofe no era probable.

Guardando todo cuanto, para un observador casual, pudiera denunciar actividades extrañas, se dirigió a la cabina de radio.

—¿Han salido ya, Sparks? —preguntó alegremente… en apariencia.

Una mirada asesina del otro hubiera sido bastante para informarle de que algo iba mal.

—Sí… Ya han salido —replicó malhumorado Sparks—. Y me están proporcionando el peor rato de toda mi vida.

—¿Avería?

—La más condenadamente extraña que puedas imaginarte: se les interrumpe de vez en cuando la corriente, y…

—Dame —Nat tendió la mano en demanda del micrófono y los auriculares—. Es Mike el que pilota, ¿no?

—Jeff. A Mike parece que le ha dado algo —repuso el otro, obedeciendo la indicación—. A ver si puedes localizar lo que les pasa, porque temo se vayan a quedar sin combustible antes de llegar aquí.

Era inútil, y nadie mejor que el propio Nat lo sabía. La única ayuda posible hubiera sido inutilizar la diminuta nave que gravitaba en el espacio a enorme distancia, fuera del alcance de los limitados medios ofensivos de que disponía él.

Sin embargo, había que cubrir el expediente.

—Jeff —llamó—. Soy Nat. ¿Qué os ocurre?

—No lo sé —le llegó la inmediata réplica—. Pero creo que saldremos de ésta. Ya puedo veros desde aquí.

—Dile que anda un poco desviado —interpuso el operador de radar.

Nat obedeció, retransmitiendo las indicaciones para la corrección de rumbo.

Los depósitos de combustible se agotaban a ritmo alarmante. Al cabo se agotaron de modo definitivo, y Nat se volvió hacia sus acompañantes.

—No pueden hacer más. ¿A qué distancia pasarán?

—Cerca —respondo el del radar, con la mirada fija en la pantalla—. Como a unos…

Giró la cabeza para tomar una regla, y cuando, con ella en las manos, se disponía a trazar la trayectoria, lanzó una exclamación de sobresalto.

—¡No están!

Siguieron unos minutos de formidable confusión. Nat, el único que entendía lo ocurrido, guardaba silencio tratando de decidir su norma de conducta.

Seguía sin ponerse de acuerdo consigo mismo cuando, llamado con urgencia, se presentó el comandante Shieffeld. El técnico en radar había puesto al descubierto las entrañas de su aparato en busca de una posible avería del mismo, y Sparks tenía los ojos clavados en los auriculares que acababa de dejar sobre su mesa, como si ellos fueran los culpables del repentino silencio que se había hecho en las ondas de radio y radar.

Nat era el mejor técnico en electricidad a bordo de la estación. A él se dirigió el comandante en demanda de luz sobre el problema.

—¿Tiene idea de lo que ocurre. Nat?

—En absoluto, señor —replicó éste, luchando desesperadamente por encontrar una explicación lógica, aunque sólo fuera por el momento. Creyó hallarla—. ¿No podría ser algo relacionado con los cinturones Van Allen?

—Quizá… —Shieffeld se acarició la barbilla—. Es sabido que a veces oscilan, pero…

—Yo tampoco tenía idea de que pudieran producir un efecto así —convino Nat, atajándole—. Ha sido sólo una sugerencia, porque no se me ocurre una explicación más lógica.

Sparks y el otro habían reanudado impetuosamente la pelea con los respectivos aparatos. El primero alzó la cabeza en gesto que retrataba, a la vez, triunfo, decepción y asombro.

—¡La radio funciona, señor! —explicó, excitadamente—. No hay la menor dificultad para comunicar con los chicos que trabajan en la astronave. Sin embargo, ni la Tierra ni el cohete transbordador dan la menor respuesta.

Su tono era de desmayo al concluir. El comandante se alzó de hombros, indicando que aquello era un completo misterio para él.

—Como no se trate de una interferencia relativa… O sea, que sus efectos se acumulen con la distancia… —explicó confusamente.

—Con su permiso, señor —intervino Nat—. Creo que lo más urgente, por ahora, es intentar el rescate del cohete y, naturalmente, de los que lo tripulan.

—¡Claro que sí! —Shieffeld fue todo acción en un segundo—. ¡A ver! ¡Calculadme el segundo exacto en que llegará a la mínima distancia de nosotros, su velocidad y masa! ¡Vamos a enviar un equipo de salvamento!

Fue relativamente sencillo. En el acto se envió al lugar prefijado un par de pequeñas *furgonetas* a combustible sólido, de las utilizadas para transportar piezas pesadas de un lado a otro durante las obras de montaje del *Ares I*. Hombres con equipos individuales ayudaron en la maniobra, sujetando cables y proporcionando, incluso, la débil fuerza de sus propios cohetes.

La operación duró varas horas, dificultada enormemente por la total imposibilidad de emplear ninguna clase de radio para comunicarse entre si, pero por fin los visitantes y sus salvadores se encontraron en el interior del satélite, protegidos por la cortina

defensiva preparada por Akhelon, el *bemioriano* a quien ellos conocían, simplemente, por Nat.

Éste era el único que conocía la verdad. Y cuando los otros esperaban que aquella misteriosa *enfermedad* que atacaba a las ondas de radio y radar pasara tan súbitamente como se había presentado, él se limitó a apretar los labios.

Tegar había ampliado su zona de ataque… y amenazaba con tener éxito. Aislada la estación, sin la menor posibilidad de recibir ayuda de las bases, ya que todo cohete que enviaran ahora —estaba seguro de ello— quedaría inutilizado a determinada distancia del satélite, los tripulantes de éste quedaban condenados a una extinción irremediable.

Y con ello, Kentral lograría su aspiración: crear en la Tierra una psicosis de pánico hacia el espacio. Sus habitantes tardarían siglos en intentar de nuevo el salto fuera de la atmósfera… e ignorarían que los causantes de la destrucción de la Estación Espacial conjunta eran, ni más ni menos, unos seres que temían a la raza humana.

# CAPÍTULO X

Sin aguardar siquiera a saludar a sus amigos, Akhelon se lanzó a la carrera hacia su aposento.

Era su propósito entrevistarse una vez más con Tegar… aunque ignoraba qué iba a obtener con ello. Hubiera podido hacerlo en cualquier parte, ya que tenía la seguridad de que los *kentrik* no le perdían de vista, pero prefirió escoger el lugar donde con más medios protectores contaba.

Y su antiguo jefe debía estar impaciente a su vez, pues apenas el *bemioriano* se hubo relajado lo suficiente para permitir el contacto, éste se produjo.

—Tus famosas armas no son tan terribles como alardeáis, *kentrik* —dijo burlonamente a guisa de saludo, apenas apareció ante él la flotante imagen de Tegar—. El cohete ha completado su viaje.

—¿De qué medios te has valido? Porque, estoy seguro de ello, se debe a tu intervención —gruñó enojado el *kentrik*.

—¡Oh, no! —rió Nat—. ¿Cómo iba a hacerlo? Yo estaba aquí, en la estación, y ellos en el espacio a muchos cientos de kilómetros de distancia. Quizá encuentres la respuesta si piensas en la posibilidad de que los terrestres posean un arma que anule el *inhibidor*.

—Se la habrás proporcionado tú… —sugirió el otro, amenazador.

—Sabes que no. Apenas les he entregado cosa alguna que no pudieran crear ellos en cuestión de meses.

—No obstante, ahora no pueden zafarse de la pantalla inhibidora que hemos tendido en torno al satélite.

—Ni tú penetrar en la protección que he instalado yo —replicó Akhelon, rápidamente—. El juego está empatado.

—Podríamos llegar a un acuerdo —sugirió el *kentrik*.

—No puede haberlo: nuestros objetivos son tan diametralmente opuestos que es imposible conciliarlos.

—Puedo destruir todo lo que tú pretendes defender.

—Y yo puedo pregonar lo que hasta ahora he ocultado: la verdadera personalidad de los enemigos de la Tierra. El Imperio se enteraría antes o después… y eso sería el final de la hegemonía de Kentral.

—Sabes que eso no sería solución —replicó Tegar, entre desesperado e irónico—. Si haces eso, me obligarás a destruir la Tierra por completo. Y no tengas la menor duda de que lo haré.

Nat lo sabía antes de que el otro lo dijera. Es más: lo hubiera sabido aunque Tegar lo ocultara, pues no le quedaba otra alternativa. Era atajar un riesgo con otro.

—Bien. Has ganado… por el momento. ¿Cuáles son tus condiciones?

—Retira las defensas. Vuelve con nosotros para sufrir el castigo a tu traición, y no morirá nadie. Los terrícolas creen que la causa de sus dificultades radica en los cinturones de radiación que envuelven su planeta. Permitiremos la evacuación, para impedir luego que regresen.

El *bemioriano* sopesó los pros y los contras de la propuesta. Que el *kentrik* cumpliría su palabra era seguro: una de sus pocas buenas cualidades era el hacer honor a los compromisos. Pero ¿iba a rendirse por no sacrificar unas cuantas vidas, permitiendo, a cambio, que en torno a la Tierra se cerraran los muros de aquella prisión cósmica en que querían convertirla?

—No tienes opción. Estás vencido de antemano —insistió Tegar —. Únicamente ganaré tiempo si accedes a mi propuesta… y tú salvarás las vidas de tus amigos.

Sus amigos. ¿Eran verdaderamente amigos suyos? ¿Podían serlo unos seres nacidos a miles de años—luz de su planeta de origen? Nat recordó aquellos días en que, decidido a cumplir las órdenes recibidas, estuvo a punto de matar a uno de ellos: Jeff Dayton; mató a otro piloto y destrozó moralmente a un tercero, Mike Bayard. Causó relativamente pocos daños materiales porque la doctora Morton le trajo el convencimiento de que no luchaba por una causa justa, pero aun así hubiera acabado con la vida de Gus Aitken de encontrar una oportunidad para hacerlo, porque el policía sospechaba su secreto.

Eran amigos suyos, sin duda. ¿Qué importaba el origen? Hicieron por él cuanto estuvo en sus manos cuando no era sino un desconocido sin personalidad. Eran buenos, y malos los *kentrik*; por tanto, su obligación estaba bien clara.

—La estación puede sobrevivir mucho tiempo con sus propios medios —dijo, por fin—. Dejaremos que transcurra…

Un rumor a sus espaldas le obligó a volverse con sobresalto. ¿Quién diablos podía haber allí, si la puerta estaba cerrada por dentro? En movimiento puramente defensivo se asió a lo primero que le vino a las manos, aunque sin llegar a darse cuenta de lo que era.

Solamente contó con una décima de segundo para percatarse de que un *kentrik* le apuntaba con una pistola paralizadora, mientras un segundo se materializaba en el aire, junto al techo, en el único lugar no protegido ahora.

Luego, la pistola restalló, paralizando sus centros nerviosos.

Los dos *kentrik* le asieron por los brazos. Estaba completamente rígido, y permanecería así hasta que se le pasaran los efectos de la descarga. Empleando todas sus fuerzas, lo izaron hasta el lugar por donde habían surgido ellos, y otras manos acabaron de introducirlo en la *puerta* cuyo otro lado quedaba a setecientos millones de kilómetros de distancia.

En menos de un minuto se esfumaron por completo, dejando como único rastro de su presencia un pequeño y delicado aparato como un marco, destrozadas ahora sus partes contra el suelo.

* * *

Akhelon no había perdido el sentido en ningún momento. Tegar lo sabía bien, y por ello no esperó a que se recobrara para empezar a burlarse de él.

—¡Necio! —le apostrofó—. ¿De veras creías contar con alguna posibilidad de vencerme? Ahora no tendré compasión de los tripulantes del satélite. ¡Morirán todos!

No le quedaba la menor duda al *bemioriano* de que sería así. Incapaz de replicar, dejó que el otro hablara a sus anchas.

—Tengo una de mis naves de salvamento dedicada a sembrar pequeñas cápsulas inhibidoras en órbita en tomo a la Tierra. Cuando la labor esté completada, no habrá máquina de ellos que sea capaz de remontarse a más de quinientos kilómetros sin quedar paralizada. Únicamente me resta decidir tu suerte.

Nada agradable, supuso Akhelon. La muerte en cualquiera de sus formas sería su castigo.

No sintió miedo: su tarea había llevado siempre aparejado este

riesgo. Únicamente le dominaba una sensación de fracaso, de haberse sacrificado inútilmente por una causa justa que, sin él, estaba destinada al hundimiento.

—Por desgracia, esas cápsulas no son muy duraderas, aunque sí lo suficiente para mi objeto. Han sido hechas precipitadamente, pero ya estamos preparando otras de efecto casi eterno, que funcionarán con luz solar. Entonces podré alejarme de este sector y olvidar que existe un planeta llamado Tierra.

Los efectos de la descarga estaban pasando. Akhelon lo notaba en un aflojamiento de sus rígidos músculos, en una mayor facilidad para respirar. Incluso podía mover algo los ojos, abarcando mayor campo de visión.

Tegar se percató también.

—Pronto podrás moverte y hablar. Entonces satisfarás mi curiosidad.

—¿Acerca… de… qué? —preguntó el *bemioriano* con grandes dificultades. Sus palabras eran casi ininteligibles, pero el otro comprendió a la perfección su significado.

—Del medio que empleaste para ayudar al cohete. ¿Cómo pudo eludir los detectores?

—Si insistes en que fui yo… tendré que agradecerte ese tributo a mi… inteligencia.

—¡Has logrado construir un *fonovisor*! —le acusó el *kentrik*.

Akhelon, por toda respuesta, se esforzó en encoger los hombros.

—A tu gusto. Tienes ideas preconcebidas, y eso nubla la inteligencia.

Ya se encontraba casi normal. Con relativa facilidad, ayudado por la escasa fuerza gravitatoria de Ío, se izó hasta quedar sentado.

No iba a dejarse asesinar impunemente… aunque los *kentrik* disfrazaran aquello con el nombre de ejecución. Sin embargo, era difícil. Dos hombres—sapo le vigilaban estrechamente, uno a cada lado, y no abandonaban las pistolas demoledoras: la vida de su jefe era demasiado apreciada para protegerla con simples descargas neurónicas.

Sonrió con sorna.

—¿Cuándo es el momento?

—¿EI momento? —se extrañó Tegar—. ¿De qué?

—De acabar la farsa. Quizá creas que te he mentido cuando dije

que no había comunicado a los terrestres nada de verdadera importancia. Perderás el tiempo tratando de obligarme a decir lo contrario, de modo que termina ya de una vez.

Se puso en pie para tantear la confianza que podían merecerle sus hasta poco antes agarrotados músculos. Luego volvió a sentarse. El descenso fue tan lento que, al doblar las piernas, casi llegó a perder el contacto de los pies con el suelo.

Entonces dio un salto.

Pero un salto increíble. Fantástico. Como sólo puede llevarse a cabo en un astro de gravedad tan reducida como Ío. Su cuerpo cruzó el espacio con fulmínea rapidez durante los dos metros que le separaban de Tegar. Al chocar con éste, disminuyó algo el impulso, pero todavía bastó para llevar a ambos, con extraordinaria violencia, contra el mamparo del otro lado de la cabina.

Aquel gesto de resignación que suponía el volver a sentarse había aflojado levemente la guardia de los *kentrik* de las pistolas. Sin embargo, aún reaccionaron con suficiente rapidez para disparar cuando él se encontraba en el aire, y hasta llegó a creer, por un instante, que le habían acertado.

Ahora se revolvió, utilizando como escudo el inconsciente cuerpo de Tegar, que había detenido el golpe contra el mamparo con su rechoncha anatomía.

Uno solo de los guardianes permanecía en pie y con el arma en situación de volver a disparar. El otro, más prudente, se abstuvo de oprimir el gatillo, pero se desplomaba ahora con un enorme boquete en el amplio pecho, producido por la pistola del impetuoso colega.

Sin la menor vacilación, Akhelon despidió el cuerpo de Tegar contra el enemigo armado, lanzándose a la vez en dirección contraria, hacia la pistola caída en el suelo.

Las condiciones gravitatorias del satélite de Júpiter resultaban óptimas para realizar ejercicios atléticos; pero también ofrecían dificultades peculiares, la menor de las cuales no era lo complicado de controlar el impulso una vez lanzado en aquella especie de vuelos.

Akhelon pasó como un proyectil junto al cadáver, que todavía continuaba desplomándose con aquella fantasmagórica lentitud. Su mano izquierda atenazó la pistola, y luego se esforzó en dar un salto

mortal que le permitiera golpear con los pies, en lugar de la cabeza, cuando tropezara con el muro frontero.

Desde allí, el cuerpo totalmente horizontal y como suspendido en el aire, disparó un segundo antes de que su enemigo lo hiciera.

—Y ahora, veamos al último miembro del cónclave —murmuró.

Conocía perfectamente aquella clase de naves exploradoras, Por ello, sin dudar un instante, ascendió una estrecha escalera, al extremo de la cual quedaba una puerta cerrada.

Abrió con decisión. Un *kentrik* permanecía de espaldas a él, sentado en el acolchado sillón del piloto. Giró al escuchar un ruido a sus espaldas, y en el acto trató de empuñar un arma.

—Lo siento, muchacho. Es tu vida o la mía.

Oprimió el disparador. El respaldo del sillón emitió una nube de humo al disolverse en parte bajo la acción de la potente descarga que acababa de atravesar el pecho del que lo ocupaba.

Tampoco se entretuvo allí, sino que, libre ya de enemigos por el momento, volvió al recinto donde se desarrollara la primera parte de la batalla.

Tegar comenzaba a revolverse. Akhelon contempló con lástima al *kentrik* contra quien había disparado allí abajo: seguía con vida, aunque no había salvación alguna para él. Un hombro, gran parte del pecho y el brazo del mismo lado habían desaparecido, aunque aquellas demoníacas armas no necesitaban tanto para matar: una herida que pudiera parecer leve, se emponzoñaba, haciendo inútiles todas las curas.

Sintió la tentación de rematarlo para aliviar sus horribles sufrimientos, pero no lo hizo. Era incapaz de disparar a sangre fría sobre lo que, al cabo, era un hombre como él, aunque su forma física fuera distinta.

—Se han vuelto las tornas, *kentrik* —dijo—. Ahora eres tú el prisionero, y yo quien tiene la victoria en sus manos.

—Puedes matarme —asintió Tegar, poniéndose en pie, tambaleante—. En realidad, mi sentencia está firmada ya, desde el momento en que me has vencido. Pero tu victoria es efímera: no estoy solo en este asunto, y otros vendrán detrás de mí para ultimar mi obra.

—Tal vez. Pero yo haré lo posible por que no lleguen a tiempo de destruir la mía —replicó el *bemioriano*—. Salimos

inmediatamente hacia la Tierra. Esta nave será duplicada en muy poco tiempo, y los hombres a quienes trataste de cerrar el camino del espacio, lo alcanzarán mucho antes.

Tegar, a una indicación de la mano armada de Akhelon, inició el movimiento de volverse. Sobresaltado, se detuvo un instante, pero en el acto reanudó el movimiento.

El *bemioriano*, siguiendo la dirección de aquella fugaz mirada, giró.

Demasiado tarde. El *kentrik* moribundo, reuniendo todas sus energías en un supremo esfuerzo, había recuperado su pistola y disparaba ya.

El brusco movimiento libró a Akhelon de recibir de lleno la descarga. Sintió una feroz quemadura en la mano izquierda y en el costado, a la vez que hacía fuego.

Decapitado, el *kentrik* dejó de ser una amenaza.

Tegar escapaba a todo correr. Sin la menor vacilación, sabiendo que de él dependía la suerte de un planeta, Akhelon disparó una vez más, ahora contra las amplias espaldas de su enemigo.

Único ser viviente en la nave, aunque por poco tiempo, el *bemioriano* ascendió las escaleras que llevaban al cuarto de control. En la mano derecha, única que le restaba, tenía algo, un pequeño objeto que había traído de la estación—satélite.

Era la pequeña cápsula semejante a una válvula de radio, donde estaba grabada la onda cerebral de Jeff Dayton. Fue aquello lo que asió sin mirar, en instintivo gesto defensivo, cuando los *kentrik* invadieron su cuarto—taller.

Con ciertas dificultades pudo insertarla en el *fonovisor* de la nave. Localizó a Jeff, pero éste, excitado por la desaparición de Nat, no se hallaba en condiciones de establecer contacto.

Lo único que consiguió fue comprobar que todo el mundo andaba buscándole por los lugares más inverosímiles.

Temiendo que la muerte le alcanzara antes de lograr lo que deseaba de Jeff, Akhelon trató de facilitarle la labor pergeñando unas notas explicativas. En ellas creyó haber encontrado los suficientes conocimientos para lograr que su esfuerzo… y su muerte, no resultaran baldíos.

* * *

Muchas horas después, totalmente agotado, Jeff Dayton se tendió en su litera. Debajo de él, Elmer Fall se disponía a imitarle.

—No lo entiendo en absoluto —rezongaba el médico—. ¿Dónde diablos ha podido meterse ese muchacho? Ha desaparecido en forma tan misteriosa como llegó. ¿Recuerdas?

—Sólo que entonces tenía todo un mundo de donde venir, y ahora son pocos los lugares donde… ¡Bah! —trató de dar media vuelta en la estrecha cama—. Durmamos. Mañana aparecerá, seguro.

Elmer no estaba tan seguro como parecía el otro. Con una imprecación arrojó al suelo una de sus botas; y se disponía a desprenderse de la segunda cuando una exclamación de Jeff le obligó a erguirse, sobresaltado.

—¡Nat! ¿Qué infiernos…?

—¡Oye! ¿Ya estás soñando? ¡Si no has tenido tiempo de dormirte por completo! —protestó Fall.

Jeff no contestó. Estaba escuchando con todos sus sentidos, las palabras que, lentamente, con dificultad, pronunciaba el rostro de Nat, suspendido en el aire ante él.

—Siéntate en la litera, Jeff. No tengas miedo de golpear el techo con la cabeza…

—Pero… ¿Estás muerto, acaso? ¿Eres un espectro?

—¡Atiza! —murmuró el médico—. ¡Menuda pesadilla!

—Casi —sonrió Nat—. Haz lo que te digo. Tenemos poco tiempo y necesito de tu ayuda…

Jeff, totalmente convencido de que estaba viendo visiones, que no podía ser el rostro de Nat lo que flotaba de aquella forma en el aire, obedeció. Sus manos se alzaron para tantear el techo de la cabina… y con gran sorpresa encentro que se hundían en el panel metálico, cual si éste no existiera.

Se irguió, sobresaltado, por completo. Y halló que tenía la cabeza en un lugar que, por mucho que atormentara su imaginación, no podía concebir como perteneciente a la estación—satélite.

—Ven, Jeff. Acércate —Nat estaba sentado en un sillón ante una serie de aparatos que, aunque desconocidos para el piloto, no podían ser sino los controles de una astronave. En el suelo, junto al *bemioriano*, se veía el cuerpo de un ser que, indudablemente, no

había nacido en la Tierra—. Tenemos mucho que hablar.

* * *

—¡Es imposible! —exclamaba por enésima vez el comandante Shieffeld—. ¡Dos hombres no pueden desaparecer tan absolutamente y sin dejar rastro, en un lugar como éste!

Crowley no andaba de mejor humor. Ambos oficiales se habían visto obligados a expulsar poco menos que a la fuerza al doctor Fall y a las muchachas, a fin de coordinar sus esfuerzos sin interrupciones ni sugerencias de extraños.

Inútilmente. Los dos desaparecidos seguían en tan ignorado paradero como antes, y a ninguno se le ocurría la más leve idea de dónde o cómo buscarles. Incluso la apurada situación personal en que se hallaban, sin contacto ni posibilidad de ayuda por parte de la Tierra, quedaba relegada a segundo plano ante aquel misterio de primera magnitud.

—Se ha registrado hasta el último rincón, imaginable o no —dijo Crowley, reforzando las palabras de su colega—. No lo comprendo, Mike. Ni una cucaracha, suponiendo que aquí las hubiera, habría podido hallar un escondrijo que no hayamos revisado por lo menos veinte veces.

El comandante Shieffeld asintió con la cabeza. Dando de lado a la cuestión, resolvió enfrentar el otro problema.

—No podemos hacer nada, creo yo. Veamos si Sparks ha conseguido hablar con alguien… aunque sea el mismo Lucifer.

El telegrafista seguía con sus auriculares encasquetados y lanzando inútiles llamadas a intervalos regulares.

—¡Base! ¡Aquí Estación! ¡Base! ¡Contesten, por todos los demonios! —al ver entrar a los oficiales dejó caer el micrófono sin demasiada delicadeza, sobre el tablero que tenía delante—. No hay nada a hacer, comandante. Siguen tan sordos o mudos como…

Calló en seco, sin razón aparente para los que acababan de llegar. Los ojos parecieron querer salírsele de las órbitas y abrió la boca como si los músculos que sostenían su mandíbula hubieran perdido toda la fuerza. Una exclamación ininteligible subió desde lo profundo de su garganta.

—Jeff… —logró articular por fin, desmayadamente.

—¿Jeff? —repitieron los dos oficiales, como un eco. Crowley, que era el más próximo, se precipitó sobre el pobre Sparks y, sin la menor resistencia por su parte, le arrebató los auriculares—. ¡Jeff, condenado! ¿Qué haces… donde demonios estés? ¿Has encontrado a Nat?

—Calma, Crow, calma —repuso Dayton, reconociendo su voz—. Ya os lo explicaré cuando llegue. Sólo quería pedir permiso para anclar al lado de la estación sin riesgo de que me soltarais un haz de *láser*.

—¿Te has disfrazado, acaso, de marciano…? ¡Oye! ¿Qué quiere decir eso de anclar? ¿Y cómo es que podemos hablar contigo cuando la radio y el radar siguen tan mudos como antes?

—Demasiadas preguntas. En cinco minutos estoy ahí. Corto.

—¿Qué dice? ¿Dónde está? —inquirió Shieffeld, ansiosamente, al verle abandonar los ya mudos auriculares.

—Nada… y no lo sé —repuso, contestando por orden a las dos preguntas—. Esperaremos. Ha asegurado que llegará en cinco minutos, y pienso que será un espectáculo digno de verse. Me ha advertido que no le confundamos con cualquier otro…

Aguardaron, mordiéndose las uñas de impaciencia. Aún no habían transcurrido tres minutos, cuando un tripulante irrumpió, hablando excitadamente:

—¡Comandante! ¡Una nave extraña se aproxima! ¿Le largamos un saludo?

—¡No, idiota! ¡Vamos a recibirla con todos los honores!

Por algún medio misterioso, Elmer Fall y las chicas se habían enterado, pues, sin decirles nadie cosa alguna, aparecieron junto a la escotilla de entrada en la sección central del satélite.

Agolpados ante el ventanillo de observación, vieron aproximarse la esférica nave de los *kentrik*. Sin la menor dificultad se detuvo en el lugar apropiado, y una figura ataviada con un traje espacial flexible y ajustado, muy distinto de las engorrosas y pesadas armaduras que ellos conocían, *nadó* en el vacío hasta desaparecer en el departamento de descompresión.

Steve Barkley se precipitó en brazos del astronauta, apenas se hubo abierto la portilla, errando por milímetros Crowley en su intento de impedírselo.

—¡Cuidado, Steve! ¡No se le puede tocar ahora!

—Cálmate, viejo —sonrió Jeff, estrujando a la muchacha en sus brazos—. Este traje está tan caliente por fuera como por dentro. Hemos adelantado mucho desde que no nos vemos.

* * *

El veloz automóvil disminuyó su rápida marcha hasta detenerse por completo. Cuatro figuras humanas saltaron a tierra simultáneamente.

—Aquí es donde lo encontramos —Jeff Dayton echó una mano sobre el hombro de su esposa, mientras con la otra indicaba el arenoso suelo a un lado de la carretera.

—Sí; aquí mismo —convino Elmer Fall, mirando de reojo a Betsy Morton. La muchacha trataba de ocultar valientemente una lágrima—. Opino que debiera levantarse un monumento en este lugar. Fue un héroe a escala galáctica.

—Nos facilitó el camino a las estrellas, cuando hubiera podido salvar la vida y alcanzar honores —agregó la ahora señora Fall.

—Seres así no debieran caer en el olvido. ¡Y se titulaba a sí mismo *mercenario*!

—Nosotros no le olvidaremos al menos —afirmó Jeff—. He conseguido que la primera escala de nuestra embajada de buena amistad sea Bemior, su planeta natal. Es un viaje que, gracias a él, veremos realizado en cuestión de meses. Yo jamás tuve la esperanza de conocerlo por mucho que viviera.

—La Tierra ha avanzado siglos en semanas…

Dejaron atrás el lugar, pero un quinto pasajero, invisible, les acompañaba ahora. Siempre iría con ellos, a todas partes.

Era el espíritu de Akhelon, el *bemioriano* a quien en la Tierra se había conocido por Nat, el hombre sin origen.

# FIN



Próximo número:

Había conseguido la transformación de la materia y se serviría de ella para sus fines maquiavélicos.

***HUIDA AL INFINITO***

*peter kapra*

precio: 8 ptas.